

IV

“¡Dale Dari!, ¡comé!” exclamó Tessa, a lo que su hijo siguió colocándole queso rayado a la sopa de verduras que humeaba sobre la mesa, justo delante de él, y revolviendo violentamente el caldo diluido con la cuchara, provocando una lluvia dorada sobre el mantel que su madre había planchado unas horas antes. “Portate bien, por favor”, continuó la mujer visiblemente cansada y sin advertir que su hija menor, Maia, sentada a un costado de ella y de frente al niño, le sacaba la lengua a su hermano, quien reaccionó inmediatamente arrojándole un bollito de miga de pan. Cuando la niña recibió el impacto en la mejilla gritó como si le hubiesen pegado una pedrada y esto colmó la paciencia de la ama de casa. “¡Basta Dari! ¡Andate a tu pieza y quedate ahí hasta que llegue tu padre! Ahora te las vas a ver con él”, sostuvo la madre y luego le pidió a su hija que dejara de llorar porque “no era para tanto”.

La paciencia de Tessa, o “Tess” para sus vecinos, había alcanzado su límite ya que el chico, cuatro años mayor que Maia, lo había desobedecido durante todo ese día en el que no había asistido a la escuela porque, según él, le dolía “la panza”, lo que derivó indefectiblemente en que la niña tampoco fuese al jardín de infantes, como le correspondía. En realidad, se trató de una picaresca mentira de parte de Darío que quedó en evidencia cuando después de desayunar un té con galletitas de agua no sintió ninguna molestia estomacal, al igual que una vez finalizado el almuerzo, el cual no le gustó demasiado ya que su madre le preparó un arroz blanco con un chorro de aceite de oliva para mantenerlo a dieta, como una especie de castigo por haber fingido estar enfermo del estómago.

En tanto, a la hora de la siesta, y mientras su madre dormía, el chico se preparó a escondidas una leche chocolatada con vainillas y merendó solo en su habitación, donde

jugó un largo rato con sus soldaditos hasta que comenzó la transmisión de su serie preferida de televisión. Entonces, dejó todo tirado sobre la alfombra del dormitorio que compartía con Maia, quien, a su vez, se pasó la mayor parte de la tarde dibujando y pintando sus cuadernos sobre la mesa de la cocina.

Todo había transcurrido en armonía entre los dos hermanos hasta que Darío se sentó junto a su hermana delante del televisor y cambió el canal en el que la pequeña miraba los dibujos animados. Esto derivó en un llanto escandaloso de parte de Maia que despertó a la madre de ambos, quien debió interceder ya que no había otro aparato de televisión en el hogar, excepto en el dormitorio matrimonial, pero ése era exclusivamente utilizado por los padres de los niños. De hecho, los hermanos tenían terminantemente prohibido entrar a esa habitación sin permiso.

La decisión de la madre procuró ser salomónica: como la transmisión de la serie de autos que quería ver Darío duraba una hora y los dibujos animados la mitad de ese tiempo, propuso que primero Maia terminase de ver su programa y después su hermano mirase la segunda mitad, que era la más importante del show porque mostraba el desenlace de la trama del día. “Dari, dejala tranquila a tu hermana, ¿quierés? Mañana hacen al revés: primero mirás vos y después ella, ¿si?” sugirió la mamá. Pero el chico no aceptó la oferta y se apoderó del control remoto.

-Pero ma, ella está pintando. No está mirando la tele –refunfuñó Darío.

-Sí que estoy mirando la tele, nene –retrucó Maia al borde nuevamente del llanto.

-¡Basta! ¡Me hartaron los dos! –gritó Tessa al tiempo que arrebató el control remoto de las manos de su hijo y apagó el televisor-. Vos Mai te quedás acá y seguís pintando. Y vos Dari, volvé a jugar a tu habitación, por favor.

-Pero mamá... -coincidieron los dos hermanos casi a coro.

-Pero... ¡nada! –la madre golpeó su mano sobre la mesa para hacer resonar la madera de la misma-. Si no pueden compartir el televisor, entonces ninguno de los dos lo va a usar. Así de sencillo.

Los hermanos guardaron silencio para que su madre no perdiera por completo los estribos y mientras Maia retomó sus dibujos y crayones de colores, Darío regresó a su dormitorio donde al ingresar pateó los juguetes que había dejado desperdigados por la alfombra y se tiró sobre la cama a leer una revista de historietas. Al ver la reacción de su hijo, la madre lo siguió hasta el dormitorio para tratar de hablar con él y al ver el desorden que había provocado en el lugar volvió a regañarlo. “No quisiste ir al colegio y te lo permití, y vos ¿cómo me lo agradecés? No haciéndome caso, peleándote con tu hermana y, como si eso fuera poco, desordenando y ensuciando lo que yo me pasé toda la mañana limpiando. ¿A vos te parece?”, la mujer se descargó con la poca energía que le quedaba pero de todos modos logró hacerlo con suficiente fuerza, aunque en el fondo sabía perfectamente que no contaba con la determinación de su marido ni con la capacidad de éste para infundir respeto y también miedo. “¡Mirá la alfombra! Toda manchada con leche con chocolate”, indicó la mujer agachándose y recogiendo el vaso y el paquete de galletitas vacío del suelo. “Hay migas por todos lados, Dari. Ahora tengo que volver a pasar la aspiradora”, se quejó la madre mientras el chico simulaba seguir leyendo sus cómics y la miraba de reojo.

-¿Sabés qué voy a hacer? –Tessa ahora se encontraba de pie junto a la puerta y con el vaso, en el que había introducido hecho en un bollo el celofán del paquete de galletitas, en la mano-. Voy a dejar todo así como está para que lo vea tu papá a la noche. ¿Qué te parece?

-Está bien, está bien –Darío se levantó de la cama de un salto-. Yo ahora ordeno pero no le digas nada a papá.

-Yo no le digo nada si vos ordenás y de acá hasta que él venga me hacés caso. Pero en cuanto te vuelvas a portar mal se acabó el trato –a la madre no le duraba demasiado el enojo, el cual tampoco le brotaba naturalmente.

-Te prometo que voy a ordenar y a limpiar todo y te voy a hacer caso, ma –Darío ya estaba sentado sobre la alfombra guardando sus soldaditos en una caja de madera que le había regalado su abuelo David con el escudo de su equipo de fútbol preferido tallado en él.

Y si bien el resto de la tarde Darío y Maia no volvieron a pelearse, el aburrimiento pudo más que la inocente voluntad de ambos y cuando se sentaron a cenar junto a su madre (casi siempre lo hacían temprano ellos tres solos porque Jorge habitualmente, ya sea por un motivo u otro, llegaba a la hora en que los chicos se iban a dormir) la tregua se quebró y el plato de sopa y las migas de pan volvieron a convertirse en armas, no muy poderosas, pero armas al fin.

Era martes, y como todos esos días de la semana, Jorge salió de la oficina y se fue directamente a jugar al fútbol junto a sus amigos al club ubicado frente a la estación de Trevithick, por lo que regresó a su hogar alrededor de las 22, agotado, adolorido y con mucho apetito. Al ingresar a la vivienda encontró que su mujer le había dejado la mesa servida y el plato de comida en el horno, y ya estaba metida en la cama, al igual que sus dos hijos. El dueño de casa también tenía la costumbre de antes de sentarse a cenar ir a saludar primero a su mujer y luego a los chicos, pero el encuentro en su dormitorio con su esposa se demoró más de lo habitual ya que ella se descargó contándole lo mal que se habían portado Darío y Maia. “Me volvieron loca. No los aguanto más”, resumió Tessa con un tono exageradamente dramático.

El hombre la vio tan mal a su pareja que salió de su habitación hecho una tromba y voló hasta el cuarto de los chicos que simulaban estar dormidos y cubrían sus

respectivas cabezas con la colcha. Darío ocupaba la cama cucheta de arriba y Maia la de abajo, ambas conectadas por una escalera fija ubicada a la altura del sector de los pies, aunque el niño siempre se subía y bajaba trepándose por el costado y utilizando el colchón de su hermana como escalón.

Esta noche, el chico descendió de la cama en tiempo récord luego de que su padre lo sacó de la misma tomándolo de los pelos. Darío cayó sobre la alfombra pero no gritó ni se quejó, mientras que Maia comenzó a llorar. “¡Callate!”, le ordenó el hombre a la niña. “Después de él seguís vos”, añadió Jorge al tiempo que arrastró a su hijo hacia el exterior del dormitorio y cerró de un golpe la puerta de la habitación. Por su parte, la madre de los chicos no se atrevió a salir de la cama y permaneció encerrada en su cuarto a la espera de que pasara la tormenta.

Jorge era como un vendaval, no hablaba, sólo resoplaba cada vez con más fuerza. Darío, en tanto, temblaba y no sólo de frío. Entonces, el padre tomó una campera del perchero del distribuidor que conducía a las habitaciones y al baño y se la colocó al niño, que llevaba un pantalón largo de pijama y una remera de mangas cortas. “Perdoname papá”, sollozó el chico, pero el hombre ni siquiera lo miró a la cara.

Entonces tomó a Darío del brazo y lo condujo a través de la cocina desierta hasta el patio trasero, donde funcionaba el lavadero, un pequeño y oscuro ambiente al que se accedía por una puerta de chapa ciega y que contaba con una diminuta ventana enrejada que daba a la vereda de la calle lateral por la que, a su vez, se ingresaba al garaje. Además del lavarropas y la pileta de cemento revestida con azulejos satinados, allí dentro había una estantería alta hasta el cielo raso donde se guardaban herramientas y otros artefactos vinculados a la actividad de una típica casa familiar como envases vacíos, la tabla de planchar y hasta una parrilla portátil. De día se trataba de un simple

sector de paso en la estructura de la vivienda pero de noche podría decirse que se asemejaba a un húmedo calabozo.

Jorge abrió la puerta del lavadero que estaba cerrada con llave y sin encender la luz empujó a su hijo hacia el interior. “Vas a pasar toda la noche acá hasta que te des cuenta de lo mal que te portás y le pidas perdón a tu mamá, ¿entendiste?”, dijo el hombre antes de cerrar la puerta. Darío afirmó con un leve gesto de la cabeza y permaneció de pie, en silencio y prácticamente inmóvil, mientras que su padre se dirigió raudamente hasta la habitación donde Maia se había quedado llorando en la cama.

“Te dije que no llorarás y no me hiciste caso, así que ahora vas a ir con tu hermano”, indicó Jorge, quien también abrigó a su hija que, a diferencia de su hermano, en aquella fría época del año dormía con una remera de mangas largas y medias.

Cuando padre e hija salieron de la habitación, la madre de los chicos se asomó desde la suya y los abordó en el distribuidor, frente al baño.

-¿Qué estás haciendo, Jorge? –preguntó Tessa casi sin mirar a su marido a la cara sino observando el rostro de pánico de la pequeña Maia a la que sujetaba fuertemente de la mano.

-Vos no te metas, Tess –respondió el hombre, tajante-. Me dijiste que me hiciera cargo porque ya no dabas más, bueno, eso hago –Jorge pronunció sus últimas palabras cuando ya había comenzado a caminar hacia la cocina para llegar nuevamente hasta el lavadero del patio, mientras que su mujer se quedó parada junto a la puerta de su dormitorio, resignada.

Maia no paraba de llorar en el momento en que su padre la introdujo dentro del lavadero. “Y si prenden la luz van a pasar más tiempo encerrados acá. Están castigados, se dan cuenta, ¿no?”, señaló Jorge clavando su mirada de comisario policial en los ojos

llenos de lágrimas de sus dos hijos que ahora sí parecían inseparables y se tomaban de las manos, unidos por el terror.

Los dos chicos respondieron un “sí” que apenas se escuchó, tras lo cual, Jorge cerró la puerta con llave y se introdujo en la vivienda. “No llores Mai”, dijo Darío mientras abrazaba a su hermanita. “En un ratito seguro nos viene a sacar. Quedate tranquila”, agregó el chico mirando por la rendija inferior de la puerta por la que se podía alcanzar a ver un reflejo que indicaba que la luz de la cocina estaba encendida.

Jorge se había sentado a la mesa para cenar de una buena vez pero no lo pudo hacer tranquilo y acompañado únicamente de las imágenes y los sonidos del televisor, su plato preferido, ya que a su lado se sentó su mujer quien, envuelta en su deshabillé, le reprochó su maltrato hacia los hijos. La discusión de pareja duró un largo rato y desde el lavadero los chicos escucharon el vozarrón de su padre que no reparó en insultos. “No ves que no hay mierda que te venga bien”, se oyó decirle a Tessa, quien tenía una gran capacidad para sacarlo de sus casillas cuando lo tildaba de “loco”.

En medio de las agresiones verbales resonaron los platos, cubiertos y vasos al ser arrojados sobre la mesada de la cocina, la cual quedó en silencio y a oscuras inmediatamente después de aquel bochinche. Para Darío no había dudas: sus padres se habían retirado a su habitación. “Me parece que esta vez va en serio”, se dijo el chico pero trató de no exteriorizar este temor para no potenciar el de su hermana, que tiritaba sin cesar.

Desde la habitación matrimonial se alcanzaron a oír nuevos reproches cruzados aunque prácticamente inentendibles por la distancia que separaba ese ambiente del lavadero en el que Darío ahora miraba por la ventana hacia la penumbra de la calle de tierra lateral. A lo lejos se distinguían los ladridos de algunos de los perros del barrio que se alborotaban cuando veían pasar a alguien caminando y esto tranquilizó al chico

porque le indicaba que aun no llegaba la medianoche, después de la cual no había tránsito peatonal ni vehicular en todo Trevithick.

Pasó poco tiempo, aunque a los dos hermanos les resultó una eternidad, cuando Jorge abrió la puerta del lavadero y encendió la luz. En el umbral estaban él y su esposa. “Ya se pueden ir a dormir a su habitación”, indicó el padre. “No quiero escuchar ni una sola palabra y mañana más vale que se levanten a tiempo para ir a la escuela”, complementó la madre. “Perdoname mami”, exclamó Maia al tiempo que corrió hasta abrazarse a la cintura de la mujer que la rodeó tiernamente con ambos brazos. “Los perdono a los dos pero, a cambio, ustedes tienen que empezar a portarse mejor, ¿sí?”, dijo Tessa mirándolo a Darío, quien con la cabeza gacha pasó por entremedio de sus padres hacia el interior de la casa. Cuando estuvo al lado de Jorge, éste mantuvo su habitual gesto adusto en su rostro redondo en el que sobresalía un prolijo bigote negro y sólo lo palmeó en el hombro. Instantes después, los cuatro miembros de la familia descansaban en sus tibias camas, como si nada hubiese pasado.

Daniela estaba en cuatro patas, con la cabeza hacia el lado de los pies de la cama, mientras que Darío se encontraba detrás suyo, de rodillas y penetrándola por el ano. El dueño de casa colocó su mano derecha sobre unos de los anchos y gruesos glúteos de la mujer y jaló con fuerza para separarle los cantos, al tiempo que en su otra palma sostenía su smartphone con el que filmaba cómo su glande desaparecía dentro de un agujero marrón oscuro. “¡Ay, sí! ¡Así, así!, ¡meteme la puntita! ¡Como me gusta la puntita!”, exclamó la mujer, a lo que él respondió con un empujón suave. Ella tenía la entrepierna completamente humedecida por sus calientes jugos vaginales y se frotaba el clítoris con sus dedos para acabar más rápido. Y cuando lo hizo, sus gritos retumbaron tanto en la habitación como en el resto de la casa vacía. Los jadeos y gemidos de la

mujer aumentaron la excitación del hombre que estaba a punto de alcanzar el orgasmo cuando sonó su celular y se interrumpió la grabación del video. “¡La puta madre!”, se quejó Darío y tras echar un vistazo a la pantalla táctil, arrojó el aparato sobre el colchón y comenzó a forzar la penetración hasta que Daniela expresó cierto dolor, lo que no impidió que él eyaculara dentro de ella.

Una vez que los dos amantes estuvieron tirados boca arriba, con sus cuerpos desnudos cubiertos de sudor, ella le preguntó quién lo había llamado y él respondió que sólo se trataba de un mensaje instantáneo de su hermana. Darío apenas había leído el remitente del extenso mensaje y las primeras palabras del mismo, las cuales llamaron su atención. Así que, acto seguido, recuperó el aliento, se colocó su calzoncillo y bajó a la cocina para comunicarse con Maia.

-Hola Mai, soy Dari, ¿qué pasó? –arrancó él de un lado de la línea telefónica luego de tomar una botella de agua de la heladera y beber del pico ese líquido fresco con el que buscaba hidratarse y, sobre todo, recuperar algo de sobriedad y lucidez.

-Hola Dari -la joven estaba acostada en su cama pero no dormía, por lo que atendió enseguida y rápidamente reconoció la voz de su interlocutor-, menos mal que me llamaste.

-¿Estás bien?

-Sí, sí –respondió ella sentándose sobre el colchón, como una india-. Pero no sé qué carajo hacer.

-¿Con qué Mai? –Darío apoyó la botella de agua sobre la mesada de la cocina junto a la que se quedó de pie y con los codos sobre la misma, como si estuviese en la barra de un bar.

-¿Cómo con qué? –Maia elevó su tono de voz al punto que despertó a su novio, acostado al lado suyo- ¿No leíste todo lo que te puse en el mensaje?

-Era muy largo y no lo entendí muy bien. Además, estoy medio dormido...

-¿Te acordás que el otro día te conté que una pendeja me contactó por Face para decirme que era la novia de papá y que estaba esperando un hijo suyo?

-Sí, ¿cómo no me voy a acordar de semejante cosa?

-Bueno, ahora esta mina me empezó a mandar mensajes privados con amenazas.

-Pero si la otra vez en los mensajes te dijo que quería ser tu amiga porque ahora íbamos a ser parte de una gran familia...

-Cierto. Pero no sé que habrá pasado que esta noche me empezó a decir que le deje de llenar la cabeza a papá para que la deje, para que no reconozca al bebé, que ella sabe dónde vivo y dónde trabajo, y que me va a agarrar en la calle y me va a cagar a trompadas. Bah, que me 'va a bajar la gorra por cheta'.

-¡Ah, bueno! –exclamó Darío alzando los brazos en el aire-. Esta mina es una loca de mierda.

-Sí, mal. Me dijo que me va a desfigurar la cara, que conoce a mi novio, que soy una cornuda y que tiene amigos policías que me pueden matar sin problemas si yo llego a tocarle un pelo a ella.

-Bueno Mai, no seas tan ingenua –Darío sonreía en la cocina y miraba a su alrededor buscando un cómplice, pero Ariel se había ido esa noche a la fiesta de cumpleaños de su amigo Hernán a la que él no había querido concurrir para evitar encontrarse con su ex esposa, también invitada al evento-. Evidentemente, la mina es una pendenciera de los barrios bajos que se quiere hacer la mala, pero no creo que quiera lastimarte. Te amenaza para que sientas miedo, nada más.

-Justamente, como es una marginal es capaz de cualquiera cosa –Maia se levantó de la cama y se alejó hasta la puerta del dormitorio para no seguir molestando a su novio que procuraba volverse a dormir-. Por eso, yo quiero hacer la denuncia.

-¡Pará un poco! Primero le tenés que contar lo que pasó a papá.

-Ya se lo conté. Es más, le escribí un mail los mensajes que me mandó su novia para que vea que no le miento.

-Está bien.

-Porque la otra vez que hablé con él para preguntarle quién era esta mina y si la conocía porque me acababa de contactar diciéndome que era la novia, que estaba embarazada y todo el rollo ese, papá no me creyó y supuso que yo lo estoy espiando y que fue al revés, que yo la busqué a ella.

-No me dijiste que habías hablado con él.

-No te lo dije porque sé que vos no querés estar en el medio de esto y que tenés tus propios problemas, pero me parece que ahora la situación es distinta. Ya no es una cuestión de si vamos a tener o no un hermanito, porque esta mina parece que quiere hacer quilombo y anda buscando la plata y los bienes de papá y, por ende, de nosotros.

-Tranquilizate un poco Mai –Darío hablaba ahora más pausado y calmo-. Contame exactamente qué fue lo que te dijo papá.

-¿Hoy?

-Hoy, la primera vez que hablaron, todo...

-La primera vez lo agarré en la puerta de casa, para que mamá no escuchara, y le pregunté si era cierto lo que estaba diciendo esta mina que me contactaba y él me dijo que estaba en pareja hacía unos meses y puso en duda lo del embarazo.

-¿Qué era lo que estaba en duda? ¿Qué la pendeja estuviese embarazada o que fuera hijo de él?

-Viste como es papá, mucho detalle no te da y te responde con evasivas.

-Sí, ya sé, pero algo en concreto te tuvo que haber dicho porque la respuesta es sí o no. Más vueltas no se le pueden dar a un asunto así.

-Me dijo que no cree que sea de él y que va a hablar con ella para que deje de molestar a la familia.

-Ajá.

-Igualmente, papá se re calentó con la actitud de la mina, empezó a putear como siempre, se dio media vuelta, se subió al coche y se fue sin decir más nada.

-Típico. ¿Y ahora con lo de las amenazas qué te dijo?

-Se puso peor. No sabés cómo estaba. Super enojado y violento.

-Me imagino.

-Además, le dije que la mina también está llamando a casa para hablar con mamá pero que se hacer pasar por otra persona.

-No me dijiste eso.

-¿No? Uh, perdón. Son tantas cosas que ya no sé qué te conté y que no.

-¿Pero cómo sabés que es la mina la que llama a mamá si se hace pasar por otra?

-Porque mamá lo sospecha y ella misma me lo dijo. No es boluda, nene.

-Ya lo sé. Igualmente, por ahora ni se te ocurra contarle todo esto último que pasó a mamá, ¿eh? Porque la vas a matar de angustia.

-No le conté nada. Quedate tranquilo. De todos modos, ella ya sabía que papá está de novio porque le vio una sortija en el dedo y una calcomanía que dice 'te amo' en la luneta del auto.

-Claro –Darío ladeó la cabeza-. Me había olvidado de esos dos detalles.

-Además, después de lo que pasó en las Pascuas cuando papá se fue llorando de la cena en tu casa cuando recibió esos llamados misteriosos a su celular quedó bastante claro que tiene otra relación.

-Y sí. Pero nadie se imaginaba que iba a ser una pendeja de treinta años que vive en una villa.

-Entonces, ¿qué hacemos ahora? Yo creo que por un lado hay que contarle a mamá y, por el otro, hacer una denuncia contra esta mina.

-No sé Mai. Me da miedo cómo puede llegar a reaccionar mamá. Mirá si se enferma de la misma manera que cuando se separó de papá. No sé si lo va a poder aguantar. Ya pasaron quince años y está viejita.

-Yo también tengo miedo, Dari. Pero no podemos mantenerla al margen de todo esto. Especialmente porque yo vivo con ella, ¿entendés? No puedo andar a las escondidas y hablando en secreto.

-Te entiendo. Lo que sí prefiero es que ella se entere a través de nosotros y no de un tercero. ¿Viste como es el barrio? En cualquier momento alguna chusma le va a ir con un cuento y ahí sí se pudre todo.

-Exacto.

-Por el otro lado, no creo que sirva de mucho denunciar a la mina por unas simples amenazas. La Policía no le va a dar importancia si le contás esa historia.

-A la Policía no iría. En todo caso, haría la denuncia en la Fiscalía. ¿No te acordás que la mina dijo que es amiga de los policías de la zona?

-Eso es mentira. No le creas nada. Lo dijo para parecer más peligrosa.

Darío meditó unos instantes en silencio, retiró el celular de su oreja y miró hacia arriba en busca de alguna respuesta divina, la cual nunca llegó.

-¿Dari, estás ahí? –insistió Maia.

-Sí, sí, acá estoy.

-¿Y?

-Hagamos lo siguiente –respondió él-: vos hablá con mamá y yo voy a tratar de hablar con papá, y vemos como sigue la historia en los próximos días. Si la situación

empeora hacemos la denuncia. Mientras tanto, vos guardá todos los mensajes que te mandó porque nos pueden servir como prueba. ¿Te parece bien?

-Sí, sí, está bien.

-Y también voy a hablar con unos amigos abogados para ver qué me sugieren.

-Dale –la voz de Maia había cobrado cierto entusiasmo por primera vez en toda la charla con su hermano mayor.

-Bueno, Mai, me voy a la cama. Después hablamos, ¿sí? Y quedate tranquila que no va a pasar nada. En serio.

-Está bien. Gracias, Dari. Te mando un beso.

-Otro para vos –Darío cortó la comunicación y regresó a su habitación con un vaso de agua para Daniela, quien fumaba envuelta en la sábana y con la espalda apoyada contra la pared.

-Gracias –dijo la mujer apenas agarró el vaso y apagó el cigarrillo en el cenicero ubicado en la mesita de luz junto a la ventana que daba al jardín trasero de la vivienda en la que la luz de la luna se refleja en la quietud cristalina de la pileta-. ¿Todo bien? ¿Pasó algo?

-Nada grave. Asuntos familiares –respondió él mientras se sacaba el calzoncillo y se cobijaba debajo de las sábanas.

-¿Seguro que estás bien? ¿Necesitás algo? –insistió ella recostándose al lado de Darío y acariciando su pecho con músculos marcados por los centenares de flexiones de brazo que él realizaba diariamente.

-Sí, seguro. Quedate tranquila –Darío se acostó boca arriba, con la mirada perdida.

-Podemos charlar, si querés.

-Te agradezco, pero no quiero abrumarte con mis problemas.

-No me molesta, al contrario.

Darío giró la cabeza hacia un costado y miró a Daniela a los ojos.

-Dani, ya te dije que no cambió nada entre nosotros desde la última vez que no vimos. Sigo pensando lo mismo y no quiero seguir generándote falsas expectativas.

-Ya lo sé. Y yo te dije que agradecía tu sinceridad, que lo entendía y que no tenías que preocuparte por mí porque sé cuidarme sola perfectamente. Ya estoy grandecita para poder hacerlo.

-Ok. Si está todo claro....

-Clarísimo –Daniela le dio a Darío un beso corto y seco en la boca.-Además, que me cuentes tus asuntos familiares no es una declaración de amor –la mujer sonrió sacando la lengua.

-En eso tenés razón.

-Y si no vamos a seguir cogiendo, ¿por qué no podemos chalar un rato?

-Nuevamente estás en lo cierto, aunque no descartes del todo lo de seguir cogiendo –Darío largó una carcajada y alzó el entrecejo.

-Bueno, digamos que estamos en el entretiempo. Un breve descanso.

-Está bien.

-¿Y? ¿Me vas a contar qué pasó o no?

Así fue que Darío permaneció boca arriba, ojeando las aspas del ventilador de techo colgado del cielo raso y, entre cigarrillo y cigarrillo, le contó a Daniela que su padre Jorge se había separado de su madre poco después de haber cumplido 50 años. “La mayoría de los hombres que llegan a esas edad lo festejan a los grande, con bombo, pito y matraca, pero él no lo hizo porque unos meses antes había fallecido su papá, mi abuelo David, de quien había heredado el negocio inmobiliario”, recordó.

Según Darío, su padre había pasado 35 años junto a su madre y en la actualidad, a pesar de estar formalmente jubilado, seguía dirigiendo la inmobiliaria en la que también trabajaba su hermana Maia.

-¿Y vos nunca trabajaste en el negocio de la familia? Con lo bien que siempre les fue... Digo, tu viejo tiene una reputación de haber sido sumamente exitoso -Daniela tomó el cigarrillo casi consumido de la mano de Darío y con la brasa de este encendió el suyo, tras lo cual, se sentó en la cama porque a ella, a diferencia del hombre que yacía a su lado, fumar acostada le provocaba tos.

-Es cierto. Pero no te dejes llevar por las apariencias.

-Seguro que no. Además, yo no conozco a tu padre como para hacer algún juicio de valor sobre él.

-Todo bien. Pensá lo que quieras de él, en serio.

-Ya fue. Contame de vos, que sos mucho más interesante que él -la mujer sonrió y palmeó a su amante en la pierna, a la altura del muslo.

-Ok -Darío se reincorporó para beber un poco de agua y sacarse de la boca el mal gusto a la nicotina-. ¿Qué me habías preguntado antes?

-Si habías trabajado vos también en la inmobiliaria.

-No, nunca. Yo preferí el arte de la arquitectura. Me gustaba mucho dibujar, como a mi abuelo David. Él fue quien me enseñó.

-¡Qué raro!

-Y sí. Nadie se lo esperaba. Menos mi papá, a quien no le gustó para nada la carrera que elegí -Darío volvió a apoyar el vaso vacío sobre la mesita de luz-. Igualmente, no le di bola y siempre seguí mi propio camino, je.

-Y tan mal no te ha ido...

Darío asintió, algo sonrojado.

-En cambio- retomó él-, mi hermanita, cuando creció, enseguida se metió en la inmobiliaria y por eso se convirtió en la preferida de mi papá. Y así fue que la separación de mis padres la devastó.

-Claro, se le cayó un ídolo.

-Tal cual.

-Encima cuando mi papá se fue de casa, mi mamá cayó en una depresión tremenda y eso afectó aun más a Maia porque al fin de cuentas, era chica cuando se originó todo este lío.

-Y sí, vos estabas más maduro para afrontar una situación de ese tipo. Tan difícil.

-Puede ser. De todos modos, me costó muchísimo también porque tuve que hacerme cargo de la casa. Y eso fue una responsabilidad muy grande para mí.

-Una mochila pesadísima, ¿no?

-¡Uf! -Darío alzó la mano por arriba de su cabeza-. Y lo peor es que nunca supimos por qué mi papá dejó a mi mamá y se fue de su propia casa de un día para el otro.

-Pero alguna explicación tuvo que haberle dado a tu mamá.

-Sí, pero no. En realidad dio razones muy vagas y se guardó la verdad. Explicó que ya no sentía nada por mi mamá pero que a pesar de ello iba a estar siempre a disposición de sus hijos para lo que necesitáramos. Eso fue todo.

-¿Y vos que pensás que pasó? Me refiero a las razones de la separación.

-Creo que lo superó la culpa de haber engañado a mi mamá durante muchos años con la empleada doméstica que, casualmente, dejó de trabajar en casa poco antes de la separación.

-¡Clásico!

-Un tremendo cliché.

-¿Nunca lo reconoció?

-Jamás.

-¿Y formó pareja con esa mujer?

-Creemos que no. A lo sumo habrán sido novios algún tiempo porque él supuestamente siempre vivió solo.

-¿Cómo supuestamente?

-Sí. Nadie, ni siquiera sus amigos de toda la vida, supo con certeza durante más de quince años si alguna vez volvió a tener una pareja. Hasta ahora.

-¿Qué pasó ahora?

-Pasó que mi papá dejó embarazada a su novia treinta y cinco años menor que él.

-Bueno, pero eso no debería ser tan grave. Es otro cliché.

-Ojalá fuera eso solo.

-¿Hay más?

-Sí, sí. Resulta que esta pendeja, por razones que desconocemos, empezó a hostigar y amenazar a mi mamá y a mi hermana.

-Pero, ¿por qué?

-Que se yo. Por el simple deseo de hacer quilombo.

-O por plata.

-Eso también. Seguramente.

-¡Qué mal!

-Malísimo. Y justamente, recién me llamó mi hermana porque la mina la sigue amenazando, cada vez peor, y ella quiere denunciarla.

-¡Uh, que lío!

-Terrible. Maia está muy angustiada porque nadie sabía de la existencia de esta pendeja hasta que ella misma apareció. Fue como un shock.

-No me gustaría estar en el lugar de tu hermana.

-Para colmo de males, Maia tuvo un novio peor que otro y recién ahora logró estar medianamente feliz en pareja y empezar a proyectar su propia familia.

-¡Qué garrón!

-Además, ella todavía vive con mi mamá. ¡Ah!, y su pareja vive con ella.

-Debe ser una casa grande, entonces.

-Más o menos. El espacio alcanza para los tres y ellas dos también se llevan muy bien.

-¿Y tu mamá qué dice a todo esto?

-No mucho porque no sabe toda la historia. Ésa es otra cuestión de la que justamente estábamos hablando con mi hermana.

-Ajá.

-Es complicado porque a mi mamá le costó muchísimo tiempo salir de la depresión que le provocó separarse de mi papá. Fueron años y años de terapia y medicación.

-Pobre.

-Y los primeros años fueron de los peor. Fijate que llegó a decirle que lo perdonaba y que volviera a casa con tal de que no anduviera con cualquier otra y menos con la empleada doméstica que había llegado a ser muy amiga de ella.

-¡Que golpe duro!

-Durísimo. Por suerte, con el tiempo lo fue superando aunque nunca lo aceptó del todo.

-Me imagino.

-Y ahora está sacando cierto provecho para ella pidiéndole plata para la casa o usándolo de remisero.

-Está bien.

-Es medio enfermizo, igual. Porque así se ven seguido y él, por su parte, se siente más útil y menos culpable. Pero bueno, mi mamá siempre dice que si nosotros le usamos su plata, mi papá no se la puede gastar en sus otras mujeres.

-O sea que tu mamá tuvo en claro desde un comienzo que tu papá la engañaba.

-Absolutamente. Cuando estaban juntos lo sospechaba y al separarse le comenzaron a llegar todos los chismes del barrio sobre la doble vida de mi papá. Aunque los asuntos personales de él siguen siendo un misterio, como siempre.

-¿Y vos nunca lo encaraste para saber la verdad?

-Sí, varias veces pero nunca obtuve buenos resultados, así que con el paso del tiempo le fui restando importancia al asunto y traté de que mi relación con él no se viera tan afectada.

-Pero con todo lo que pasó era imposible que la relación siguiera igual.

-Obvio que algunas cosas cambiaron entre los dos, pero yo no era como mi hermana, tenía un vínculo más distante con mi papá, ¿entendés?

-Sí, sí.

-Sin embargo, de ninguna manera le perdono el alevoso engaño a mi mamá. Aunque más daño me provocó tener que convertirme en el hombre de la casa.

-Pobrecito él -bromeó Daniela acariciando el antebrazo de él.

-No es broma. Porque mi mamá nunca volvió a formar pareja y yo llegué a parecerme a su nuevo marido y al padre de mi hermana. Algo para nada gracioso.

-Por eso te casaste con la primera mujer que te dijo que sí. Para que te alejara de ellas dos y así poder reivindicar tu imagen.

-¡Qué chistosa!

-Bueno, che, entre tanta pálida un chiste no hace mal.

-Tenés razón. Y si te sigo contando mis asuntos familiares vas a salir corriendo, ja. Mejor cambiemos de tema.

-Todas las familias tienen sus propios problemas. Incluyendo la mía. Te lo aseguro.

-Cierto -Darío recogió su smartphone y lo preparó para grabar un nuevo video-.
¿Por qué no volvemos a lo nuestro?

-¿El otro videito no quedó bien? -preguntó Daniela al tiempo que se montaba sobre la cintura de su amante, con las piernas abiertas.

-No estuvo para nada mal. De hecho, creo que te va a servir si algún día querés ser famosa y salir en televisión.

-Veo que ya recobraste tu sentido del humor -Daniela abalanzó su torso desnudo sobre el de Darío, presionándolo con sus pechos, abultados pero algo caídos, y pasó su lengua por el cuello de él, cuyo pene ya estaba erecto y se frotaba con la vagina de ella aunque no mucho para no rasparse con sus gruesos vellos, los cuales parecían no haber sido rasurados en un tiempo considerable, mayor al recomendado.

Por más videos que tengas, ya estás un poco grande y fuera de forma para salir en la tele, pensó Darío pero ni siquiera en broma se hubiera atrevido a pronunciar esa frase en voz alta, menos aun, cuando su pene ya estaba dentro de la boca de Daniela.

-¿De qué te reís? -preguntó la mujer tras succionar varios minutos hasta justo antes de que él eyaculara.

-De nada -Darío la rodeó con sus brazos, la acostó boca arriba y se arrojó sobre ella.

-¿Es algo que hice yo?

-No, que hice yo.

-¿Qué cosa?

-Es que no suelo hablar con nadie sobre mis asuntos familiares y digamos que entre nosotros dos no hay tanta confianza. Digo, apenas nos conocemos. Eso es lo que me causó gracia.

-Bueno, quizás necesitabas desahogarte, nada más.

-Es probable –asintió Darío y luego introdujo su lengua en la boca de ella, tras lo cual, comenzó a lamer el resto del voluptuoso cuerpo de Daniela hasta llegar a su vientre donde, al fin, logró despejar su mente, al menos por un rato.

Las vías del tren se prolongaban de norte a sur, por lo que dividían el territorio que atravesaban en la zona este, a orillas del río; y la oeste, en dirección al interior de la provincia que rodeaba la capital del país. La casa de Hernán se ubicaba en este segundo sector, opuesto a la de Darío pero prácticamente a la misma distancia de la estación ferroviaria de Trevithick. Era una vivienda más modesta que la del arquitecto pero, igualmente, contaba con un jardín trasero con una gramilla bahiana cortada bien al ras y canteros con flores de colores que decoraban con estilo los escasos metros cuadrados descubiertos de la propiedad en la que su dueño festejaba esa noche de viernes su cumpleaños juntos a familiares y amigos que ocupaban principalmente el living comedor de la vivienda donde se servían los tragos y la comida en una larga mesa de algarrobo. La mayoría de los invitados permanecía de pie mientras que un grupo reducido constituido por mujeres se encontraba sentado en un juego de sillones situado en la esquina del ambiente junto a la puerta de entrada.

-Che, ¿por qué no vino Darío? –preguntó el cumpleañosero a Ariel, quien estaba parado junto a la mesa de donde acababa de tomar un sándwich de miga triple de jamón y queso, uno de sus alimentos preferidos en este tipo de festejos junto a los *snacks*, cuando otros se inclinaban más por la pizza y las empanadas.

-La verdad es que no lo vi en toda la semana porque viajó al sur por unos problemas que tiene la constructora allá –el invitado bajó la mirada y dio un mordisco grande luego de responder.

-¡Cómo se nota que no sabés mentir, eh! –bromeó Hernán enfocando la vista en el sillón ocupado por Melina, quien charlaba con su esposa, completamente ajena al tema que los dos amigos abordaban.

Ariel sonrió y bebió en silencio de su fernet con coca.

-Lo que sí sabés muy bien –retomó Hernán volviéndose hacia su invitado- es guardar secretos. Así que no hace falta que me digas más nada –el anfitrión palmeó a Ariel en la espalda y alzó su vaso de cerveza a la altura del pecho para proponer un brindis.

-Ahora, lo que yo no entiendo es por qué carajos Darío sigue trabajando para esa constructora mafiosa en vez de montar su propio estudio –indicó Hernán tras el sutil contacto entre los cristales de ambos vasos que pasó desapercibido en el espectro sonoro de un ambiente copado por la música y el palabrerío.

-Calculo que a veces resulta más cómodo trabajar para otros que ser tu propio jefe, mal que nos pese -Ariel se alejó de la mesa para hacer lugar a otros comensales y, al mismo tiempo, apartarse unos metros para charlar en forma más privada con el dueño de casa.

-No sé si cómodo, pero seguro que implica menos riesgos.

Ariel asintió mientras terminaba de masticar.

-Él siempre recuerda que en la Facultad de Arquitectura te enseñan a ser empleado no empleador –retomó el invitado con la boca aun llena-. Por otro lado, la retribución económica que le brinda la constructora no la conseguiría por su cuenta.

-Sí, claro, pero mirá los problemas que tiene ahora. No sé si valió tanto la pena priorizar lo económico.

-Bueno, él necesitaba la plata para terminar su casa como quería y darse otros gustos.

-Y ahora está pagando un precio demasiado alto por ello. A veces, menos es más.

-Estoy de acuerdo. Pero su puesto en la constructora es un logro profesional que no lo alcanza cualquier arquitecto, eh.

-Cierto.

-De todos modos, en el caso de la constructora hoy hay una exacerbada presión política de por medio. Es todo muy raro y complejo.

-Totalmente –Hernán levantó su vaso casi vacío como un gesto que enfatizaba su afirmación-. Se armó tanto revuelo porque, justamente, la política metió la cola.

-Que se yo... Son cuestiones que suelen exceder mis conocimientos, así que no puedo hablar con suficiente propiedad.

-Yo tampoco entiendo mucho pero a la tarde estaba viendo que hubo un fallo judicial de los tribunales del sur que parece que va a reactivar la causa.

-¡Uh!, ¡cómo deben estar los jefes de Darío!

-No me lo quiero imaginar.

Hernán torció la boca en una mezcla de contrariedad y resignación y Ariel alzó el entrecejo impotente, y tras unos instantes de sigilo, el anfitrión se excusó y caminó hacia el sector del living donde otros de sus invitados parecían dialogar de temas más divertidos ya que no escatimaban en risas y carcajadas claramente potenciadas por la ingesta de bebidas alcohólicas.

“La Sureña Construcciones” era propiedad del empresario Luis Bonera, íntimo amigo de Javier Devenat, el poderoso ministro de Obras Públicas de la Nación que contaba con un apoyo incondicional de Presidencia y, además, era oriundo de la misma ciudad patagónica que el resto de los miembros claves del Poder Ejecutivo, la cual se destacaba por estar rodeada de arbustos con frutos del bosque, montañas nevadas y gélidos lagos. Y si bien esta compañía contaba con lujosas oficinas en la Capital

Federal, donde trabajaba Darío, la casa matriz, rindiéndole honor a su nombre, se encontraba en el sur del país.

En el caso particular de Devenat, éste se trataba de uno de los funcionarios del Gobierno Nacional cuyo patrimonio más había crecido desde su asunción como ministro hacía una década. Estos números exorbitantes llamaron la atención de la Justicia pero sobre todo de la prensa, que comenzó a investigar como se había vuelto un millonario cuando apenas era un ingeniero proveniente de una familia de clase media cuando se sumó al Poder Ejecutivo. Otros funcionarios gubernamentales, en cambio, ya habían obtenido sus primeros millones antes de ejercer un cargo público gracias a alguna herencia.

Por su parte, Devenat estaba obligado por su trabajo a pasar casi todos los días, y todo el día, en la Capital Federal, a pesar de lo cual mantenía su lugar de residencia en el sur, donde él y su familia se destacaban en el rubro hotelero, negocio que había permanecido durante años envuelto en un secretismo hermético hasta que quedó bajo la lupa tras la publicación de una serie de artículos periodísticos que pusieron en su duda su legitimidad.

Fue una verdadera sorpresa cuando en el prime time del canal de noticias con mayor rating del país se mostraron las primeras imágenes y datos sobre “La Aurora”, el más lujoso de los dos hoteles de los Devenat, quien había bautizado dicho establecimiento con el nombre de su esposa.

Según la investigación periodística, la construcción del mismo había estado a cargo de “La Sureña”, con un costo de unos dos millones de dólares y se había iniciado en 2008, en plena crisis financiera internacional, cuando el alza en la cotización de la moneda norteamericana representaba una alarma mundial.

En “La Aurora”, donde una habitación doble llegaba a costar 250 dólares la noche, el encargado era Maximiliano, el hijo mayor del matrimonio Devenat que, a su vez, compartía con Bonera un fideicomiso para la construcción de diez departamentos, los cuales estaban ocupados exclusivamente por empleados de “La Sureña” y la mitad terminaron siendo comprados por Maxi a un valor de 350 mil pesos cada uno.

Unas de las cuestiones respecto de dicho hotel que llamó la atención de la prensa fue que en la última temporada alta (en pleno invierno), el establecimiento había registrado ingresos por 800 mil pesos pero sólo 1.200 en lavandería y 4.000 en telefonía, es decir, que la actividad de los huéspedes allí dentro fue casi nula.

Otro dato curioso, por no llamarlo dudoso, fue que en la misma ciudad había al menos otros 13 hoteles de 4 estrellas con tarifas más baratas y todos ellos estaban ubicados en pleno centro, mientras que “La Aurora” quedaba a unos 3 kilómetros de distancia, en medio de una extensa nada. En tanto, “Santa Laura” era el otro hotel propiedad de los Devenat y su nombre representaba una especie de homenaje a la homónima hija menor del matrimonio. Este emprendimiento fue menos exitoso y cuando sus dueños decidieron echar a 20 empleados, éstos fueron reubicados en las empresas de Bonera, quien no sólo se dedicaba al rubro de la construcción y los servicios, sino también la exploración de los suelos en búsqueda de petróleo en siete áreas hidrocarburíferas de la zona.

Para agradecer el gesto del empresario, Devenat luego lo contrató para ampliar y remodelar el hotel Santa Laura, el cual adquirió un color naranja chillón, 12 nuevas habitaciones VIP y un restorán para 40 comensales con vista al lago. Una inversión exageradamente considerable teniendo en cuenta que, aparentemente, el negocio no estaba funcionando demasiado bien.

La prensa también reveló que la administración de ambos hoteles se ejercía a través de una empresa fundada por Devenat y llamada “Pingüinos”, la cual le habría facturado a La Sureña cerca de 11 millones de pesos en los últimos dos años con el objetivo de “lavar” dinero de origen ilícito.

Fue a raíz de esta información difundida por los medios periodísticos que la diputada nacional María Sandfer, líder del partido político opositor al Gobierno, denunció ante la Justicia las supuestas irregularidades en los negocios entre La Sureña y Pingüinos, a lo que distintos funcionarios del Poder Ejecutivo respondieron que se trataba de una “campaña mediática sucia” en contra de Devenat, quien manejaba el mayor presupuesto de la administración pública.

La denuncia de Sandfer recayó en el juzgado federal de Lautaro Benítez, quien estaba en su cargo hacía dos décadas en las que había logrado convivir con distintos gobiernos, aunque con este último se llevaba bastante mal, lo que no impidió, más bien motivó, que iniciara rápidamente la investigación para determinar si existía algún delito.

Primero, el magistrado trabajó en silencio analizando la documentación presentada con la denuncia y cuando creyó haber encontrado la punta del hilo del cual tirar ordenó una serie de diligencias, la más resonante, cuando la Policía allanó un departamento ubicado en el cuarto piso de un edificio en pleno centro de la Capital y se descubrió que el inmueble estaba completamente vacío cuando allí figuraba el domicilio legal de las oficinas de Pingüinos.

El objetivo del procedimiento fue secuestrar los balances de la firma, los cuales no habían sido presentados en tiempo y forma ante la Inspección General de Justicia (IGJ), la que en vez de sancionar dicha maniobra sólo se remitió a otra documentación provista por el ministro Devenat en la que indicaba que la administradora tenía acciones por 9,3 millones de pesos.

Sin embargo, lo único que halló el juez Benítez en el departamento allanado fue algo de correspondencia comercial dirigida a Pingüinos, que adeudaba la presentación de los documentos correspondientes a los últimos tres años de su gestión. Y de acuerdo a la última documentación presentada, el directorio de la empresa estaba presidido por Maximiliano Devenat y sus miembros debían ser renovados anualmente, datos que debían, como cualquier firma en igual condición, elevar a la IGJ.

Un día después del frustrado allanamiento, una ex directora de dicho organismo declaró ante el juez Benítez que Pingüinos registraba inconsistencias y faltantes que le habrían permitido a la IGJ impulsar una acción judicial de cancelación registral por inactividad. “Adeuda balances, no informa quiénes integran su directorio desde hace años y sus actuales directores incumplen la normativa contra el lavado de activos”, sostuvo la testigo que había sido echada de su cargo días después de las primeras publicaciones periodísticas sobre La Sureña.

Ante los dichos de esta ex directora, la IGJ emitió luego un comunicado de prensa en el que aclaró que Pingüinos era una de “las sociedades activas” que habían presentado su “declaración jurada” pero que la misma “aún” estaba en “etapa de análisis”, aunque no hizo referencia alguna a las razones por las que en los últimos años no realizó ninguna inspección en las oficinas de la firma, función principal del organismo al detectar alguna irregularidad. Sólo aludió a sus “competencias de fiscalización” y a un programa de “re empadronamiento y depuración societaria” que abarcaba a decenas de miles de empresas como la de Devenat.

Las repercusiones del caso continuaron con otro comunicado de prensa, esta vez de la propia Pingüinos que reconoció haber incurrido en “fallas formales” y “demoras” para cumplir con las exigencias legales que imponía la IGJ pero que a raíz de ello inició

“un proceso de normalización en cuanto a la presentación de la documentación contable”.

Para la firma se buscaba mostrar una supuesta “maniobra delictiva” a través de “notas aparecidas en forma maliciosa, sistemática y coordinada en medios hegemónicos claramente opositores al Gobierno”.

Respecto a los balances, si bien admitió no haberlos presentado en la IGJ afirmó que sí lo hizo en la Administración General de Ingresos Públicos (AFIP), aunque este organismo tenía otras facultades, por ejemplo, el secreto fiscal sobre los documentos, por lo que quien quisiera acceder a esa información debía pedirle autorización. Sólo si allí otorgaban el visto bueno se podía revelar.

“Asimismo, la sociedad ha cumplido a la fecha con el pago de todas sus obligaciones impositivas, inclusive, el anticipo del impuesto a las ganancias del presente año”, afirmaron desde Pingüinos y agregaron que “al momento de la adquisición del paquete accionario de la sociedad, la misma tenía domicilio legal en la Capital Federal, el cual se decidió modificar por Asamblea de Accionistas, estando en trámite la cancelación de la jurisdicción”.

Sobre las razones del “cambio de jurisdicción”, la empresa explicó que la Patagonia era el lugar donde se desarrollaban “todas las actividades económicas de la compañía” y en el que figuraba el domicilio fiscal, el cual era “de público conocimiento desde la página web de la AFIP”.

La empresa reconoció que hubo “demoras en la formalización de los trámites administrativos” pero que el incumplimiento de estas normas no podía superar los 3 mil pesos de multa, lo que dejaba en evidencia “la burda e infundada operación de prensa” montada por una “oposición mediática-judicial” y también la “grosera y desmedida actitud” de un juez federal (por Benítez) cuya integridad para su cargo era “dudosa”.

Para Pingüinos, lo único que se buscaba con todo esto era “manchar el buen nombre” del ministro Devenat y su familia colocando un “manto de sospechas y denuncias sobre una simple falla administrativa”.

La conclusión a la que había arribado la empresa implicaba que no existía “ninguna maniobra de ocultamiento de la situación económica y financiera” de la firma porque, de lo contrario, “jamás se hubiera presentado documentación alguna” en los organismos de control del Estado.

Por su parte, el ministro de Justicia de la Nación, Joaquín Alvear, afirmó luego en una conferencia de prensa que a partir de las explicaciones brindadas por Pingüinos, la IGJ resolvió aplicarle una multa de 3 mil pesos ya que, según él, se trataba de “una irregularidad más leve que pasar un semáforo en rojo” y aclaró que el monto de la multa era el “más severo” estipulado en los reglamentos vigentes.

Lo que no mencionó el funcionario fue que, según la normativa de la Unidad de Información Financiera (UIF), la IGJ debió haber emitido un Reporte de Operación Sospechosa (ROS) a las autoridades que investigaban casos de lavado de dinero cuando una sociedad oculta datos internos como su domicilio, sus balances o sus beneficiarios finales.

En ese marco, la UIF solía poner especial énfasis en las empresas pertenecientes a “personas políticamente expuestas” como lo era Devenat y en la guía que acompañaba los ROS se remarcaba “la presentación de información o documentación de dudosa autenticidad y/o reticencia a brindar información exacta y precisa”.

Una segunda resolución de la UIF reforzaba las pautas de trabajo para la IGJ fijando “las medidas y procedimientos” que los Registros Públicos de Comercio y los Organismos Representativos de Fiscalización y Control de las Personas Jurídicas debían

observar “para prevenir, detectar y reportar los hechos, actos, omisiones u operaciones” que pudieran prevenir o estar vinculados a “la comisión de los delitos de lavado”.

El artículo 11 de esa resolución destacaba circunstancias que debían ser “especialmente valoradas” a la hora de emitir un ROS, entre ellas, “la presentación de información o documentación de dudosa autenticidad”.

Esta especie de manual fijaba, además, una “guía de transacciones u operaciones inusuales o sospechosas” que se dividía según circunstancias “objetivas” o “subjetivas”. Y entre estas últimas incluía “cualquier situación, actuación u omisión tanto de persona física como jurídica con la finalidad de ocultar la identidad y/o dificultar la identificación de un beneficiario final y/o información” considerada obligatoria por el organismo.

Dicha normativa concluía que se debía enviar un ROS a la UIF ante cualquier circunstancia descrita como “injustificada y/o poco común y/o poco frecuente para el tipo de trámite asignado de manera habitual.

Consultada por la prensa por las razones de no enviar un ROS en el caso Pingüinos, la IGJ aclaró que había considerado que “las irregularidades de la administradora de Devenat” no configuraban “acciones sospechosas de eventuales maniobras de lavado de activos”, por ende, sólo correspondía “una multa”.

En tanto, el juez Benítez pidió a la AFIP que le remitiera las declaraciones juradas del ministro Devenat, su esposa y su hijo Maximiliano para analizar el patrimonio de la familia, pero el organismo recaudador no lo hizo inmediatamente, por lo que el magistrado ordenó a la Policía allanar las oficinas del ente recaudador y secuestrar la documentación requerida. Pero cuando los efectivos llegaron al lugar las declaraciones ya no estaban allí porque el personal las acababa de enviar por correo al

juzgado. La explicación de la AFIP a esa confusa situación fue que no las había enviado antes porque eran demasiadas fotocopias para hacer en muy poco tiempo.

El procedimiento policial molestó al gobierno al punto que el ministro Alvear brindó una nueva conferencia de prensa en la que acusó al juez de montar “una feroz cacería” contra la familia Devenat y que a raíz de estos “excesos” en sus procedimientos lo iba a denunciar ante el Consejo de la Magistratura por “mal desempeño de sus funciones”.

Mientras que de las declaraciones juradas del ministro Devenat surgió que éste mantenía una deuda con el empresario Bonera de unos 8 millones de pesos, la cual había sido contraída hacía nueve años, a pesar de lo cual, la misma no había aumentado por intereses con el paso del tiempo, lo que al juez Benítez le resultó sumamente sospechoso más allá de que no configuraba aun ningún delito.

Bonera, a diferencia de Devenat, sí acumulaba una serie de ROS desde hacía diez años cuando comenzó a emitir facturas por cifras de entre 1,5 y 5 millones de pesos, al tiempo que nunca especificó en sus declaraciones juradas que era acreedor del ministro.

Al hacerse pública esta información, los abogados del empresario Bonera recusaron al juez de la causa, pero Benítez rechazó apartarse del expediente, decisión que luego fue apelada ante la Cámara Federal de Casación Penal (CFCP), donde había magistrados supuestamente “amigos” del Gobierno, al igual que en el Consejo de la Magistratura, lo cual no resultaba descabellado ya que muchos de los jueces en esos puestos habían sido designados por el Poder Ejecutivo a través de concursos a los que sólo se presentaban los candidatos elegidos a dedo por el oficialismo.

En su dictamen a favor de continuar al frente de la causa, Benítez argumentó que del análisis de la documentación reunida hasta el momento surgían “maniobras” que

vincularían a Bonera con el ministro Devenat y su entorno, las que “por sus características” podían constituir los delitos de “negociaciones incompatibles con la función pública, cohecho u operaciones con recursos de procedencia ilícita”.

Para el magistrado quedaba claro que el ministro Devenat y su esposa habían colocado la administración de sus dos hoteles, La Aurora y Santa Laura, en manos de la firma La Sureña, controlada por Bonera, a través de la empresa Pingüinos.

Hasta aquí todo legal, excepto que el juez consideró que Pingüinos había firmado convenios de alojamiento confidenciales, incluso con validez retroactiva, con la empresa de Bonera, por los que esta última contrataba el servicio de los hoteles para sus empleados como una forma de “retornar parte de los pagos recibidos como beneficiario de la obra pública nacional patagónica”.

Según el dictamen de Benítez, Bonera se comprometía a pagar mensualmente una cantidad prefijada de habitaciones en los hoteles de los Devenat “con tarifas corporativas en dólares para reservas individuales y sin IVA” y lo que también llamaba la atención era que “las mismas debían abonarse aunque no se ocupasen y sin importar la temporada”.

Además, para el juez, estos convenios confidenciales se celebraban en las oficinas que La Sureña tenía en la Capital. En ellos, por ejemplo, figuraban 935 habitaciones (100 de lujo) por mes en La Aurora, lo que aseguraba un tercio de ocupación, mientras que se cubría otro tercio de manera diaria con habitaciones para las tripulaciones de los aviones de Aerolíneas Nacionales, pese a que otros hoteles de la zona ofrecían tarifas más bajas.

Esta combinación de maniobras se traducían en que el 90 por ciento de las facturas emitidas por Pingüinos estaba destinado a La Sureña y a otras seis empresas de Bonera, entre ellas, dos estaciones de servicios, con 20 empleados cada una, las cuales

se comprometían a pagar por 80 habitaciones por un fin de semana a pesar de que se ubicaban a unos 300 kilómetros de distancia de los hoteles en cuestión.

Benítez describió que La Sureña contaba con 615 empleados y un compromiso de pago de 180 habitaciones por mes, al tiempo que sugirió que el Gobierno Nacional habría contratado a Santa Laura para “servicios en congresos y eventos” celebrados entre 2010 y 2011, a través de La Sureña; y que Bonera habría pagado unos 3,2 millones de pesos en concepto de “alquiler” al ministro Devenat quien, a su vez, nunca declaró como propio dicho emprendimiento hotelero ante la Oficina Anticorrupción.

Para el juez, en base a todo lo expuesto, resultaban objeto de investigación “las posibles consecuencias tributarias” de los convenios celebrados en las determinaciones del Impuesto a las Ganancias y del IVA por los periodos 2010 y 2011, y concluyó que en el caso de Devenat, el delito podía configurarse como “abuso de autoridad e incumplimiento de deberes de funcionario público” y “lavado de dinero” en cuanto al accionar de su amigo Bonera ya que la presunta contratación falsa de plazas o habitaciones en los dos hoteles se trataría de un “alojamiento fantasma” que se usó para hacer “negocios turbios” con el empresario “más beneficiado con la obra pública”.

En ese sentido precisó que “Pingüinos” habría recibido en concepto de “alquiler” 6,4 millones de pesos en 2010 y 3,8 millones en 2011, en tanto que una de las firmas de Bonera habría alquilado más de 1.100 habitaciones por mes durante esos años, y añadió que el rubro hotelero era “uno de los más usados y eficaces para operaciones de blanqueo o lavado de activos”.

En contrapartida, Pingüinos aprovechó la distracción que provocaron los cuestionamientos al juez Benítez para presentar nueva documentación en la que indicó que en la última asamblea se había votado que el directorio de la firma pasaría a ser

presidido por Rocío Martínez, la esposa de Maximiliano Devenat, en un intento de despegar este apellido de la investigación.

Luego de esta presentación, los abogados de Martínez denunciaron al magistrado ante la CFCP para lograr acceder a la causa, lo cual le fue técnicamente posible ya que ella no figuraba como imputada, sino el ministro, su esposa e hijo; y para dicho trámite, la nuera de Devenat, quien residía en el sur junto a su esposo, fijó domicilio legal en un reconocido estudio jurídico de la Capital.

El cambio de presidente del directorio de la administradora de los Devenat no hizo más que aumentar la tensión que rodeaba la causa que llegó a su punto máximo cuando el juez Benítez denunció públicamente que había recibido una amenaza de muerte en su domicilio a través de una nota con letras de diarios pegadas que deslizaron por debajo de su puerta y que decía: “La bruja dio la orden de matarlo. Cuídese porque le están armando una causa por narcotráfico.”

“La bruja” era el apodo con el que la oposición calificaba a Martínez, por su similitud con el carácter manipulador y autoritario de Aurora de Devenat y la manera en la que influenciaba en las decisiones del hijo de ésta.

La amenaza a Benítez provocó la reacción inmediata de la Asociación de Magistrados que salió a respaldarlo con un comunicado de prensa en el que defendieron la independencia judicial contra los ataques del Poder Ejecutivo.

En paralelo, la CFCP resolvió que Martínez tenía derecho a acceder al expediente a través de sus abogados y alertó al juez Benítez que evitara “caer en el tipo de prácticas criticadas” ya que si mantenía su posición frente a la disconformidad de la parte interesada caería en un “dispendio jurisdiccional incongruente con un buen servicio de justicia”.

Meses más tarde, la misma Cámara finalmente ratificó al juez Benítez al frente de la causa luego de rechazar un pedido de recusación de parte de Martínez, quien había planteado que el magistrado impulsaba la causa como elemento de presión para evitar el juicio político en el Consejo. Y para justificar esta postura, los camaristas afirmaron que no se advertía que las medidas ordenadas en la causa hayan sido “arbitrarias” o que denotasen “alguna irregularidad sancionada por la ley”.

El principal argumento de la CFCP fue que Benítez no pudo ejercer presión para evitar el juicio político porque inició la investigación antes de que lo denunciaran a él ante el Consejo y que los cuestionamientos de parte de Martínez eran “una mera disconformidad” con la forma en la que se llevaba adelante la causa, lo que de ninguna manera justificaba la falta de imparcialidad de parte del juez.

Tras la ratificación de Benítez, éste llevó a cabo un gran operativo en el sur del país, con el traslado de decenas de policías porteños que allanaron las oficinas de La Sureña. El procedimiento se concretó a la vista de periodistas de medios nacionales que viajaron especialmente desde Capital, lo que para los abogados de Bonera fue “el montaje de un circo” en vez de “una diligencia judicial seria”.

A raíz de este controvertido operativo, durante el cual se secuestró más documentación de interés para la causa, los abogados del empresario solicitaron al magistrado que remitiera la causa a los tribunales federales sureños con jurisdicción en el domicilio de la firma. Para ello, Bonera realizó primero una exposición oral y escrita en el juzgado local sobre sus negocios supuestamente vinculados al caso y así sentar un precedente fuera de la Capital. Sin embargo, esta denuncia fue declarada “improcedente” por cuestiones técnicas que no abordaron el fondo del asunto.

A su turno, el juez Benítez se opuso a remitir la causa al sur porque creía que allí, Bonera iba utilizar sus contactos empresariales y políticos para presionar y resultar

beneficiado; y si lograba este cometido era altamente probable que el expediente quedase encerrado en un callejón sin salida.

Ante la falta de resultados, los abogados de Bonera jugaron su última carta y recusaron al magistrado ante la CFCP basándose en presuntas irregularidades que el magistrado cometió en los procedimientos realizados en el sur. Este requerimiento recayó en los mismos camaristas que ya habían ratificado a Benítez pero esta vez sí hicieron lugar a los impugnantes.

En este rotundo giro de criterio, la CFCP consideró que Benítez había perdido la imparcialidad cuando pidió a tres expertos oficiales que lo ayudasen a redactar los puntos para hacer un peritaje contable sobre la documentación secuestrada en las oficinas de firma La Sureña sin correr vista a los abogados de Bonera para que estos designasen sus propios peritos de parte.

Así, los camaristas anularon esa decisión del juez y lo sacaron del caso en una decisión que desató una fuerte polémica al punto que el fiscal ante la Cámara, Guillermo Menéndez, pidió que aclarasen hasta donde se extendía la nulidad de la causa, pues la jurisprudencia sostenía que no podían ser válidos los actos posteriores a un acto nulo.

Sin embargo, la CFCP se excusó de dar esa precisión y le confió esa decisión al nuevo juez, puesto para el que resultó sorteado David Ruíz, quien declaró nulo la consulta a los peritos oficiales, el escrito en el que aceptaban el cargo, la decisión de Benítez de ordenar un peritaje contable y el informe de los peritos pidiendo información para llevarlo a cabo.

Los abogados de Bonera habían pedido que se declarase nula toda la causa pero el juez Ruíz resolvió que todavía no estaba resuelta la cuestión de la competencia de la Justicia patagónica y, en ese sentido, aclaró que no había razones para anular los

procedimientos en los que se secuestraron elementos de interés para la causa ya que todas estas medidas no hacían más que “apuntar a la búsqueda de la verdad, fin primordial de cualquier proceso”.

Sin embargo, el magistrado rechazó aceptar como querellante a la diputada Sandfer aunque recordó que como denunciante tenía derecho a estar al tanto del avance de la investigación penal, ampliar su presentación con nuevas evidencias o sugerir elementos de interés para la causa.

La legisladora de la oposición no tardó en apelar el fallo de Ruíz y casi en simultáneo hizo un planteo contra la denegatoria del Ministerio de Justicia de la Nación de brindarle información sobre el caso Pingüinos-La Sureña por considerar que se trataba de un “accionar arbitrario e ilegítimo”.

Mientras se aguardaba una decisión final sobre el destino de la causa, la denuncia de Sandfer recayó en otro juzgado que rápidamente falló en su favor y ordenó al Estado Nacional, a través del Ministerio de Justicia, a que en “el término de diez días” proporcionase la información pública solicitada referente a los datos de la resolución de la IGJ por la que se había multado a Pingüinos, a los estados contables presentados por la sociedad mencionada y a facilitar copias de todas las actuaciones obrantes en dicho organismo sobre el caso.

Finalmente, los tribunales sureños rechazaron hacerse cargo de la causa Pingüinos-La Sureña al invocar el principio constitucional que imponía que los delitos debían juzgarse en el “lugar de comisión del hecho”, el cual se trataba de la Capital Federal donde se producían “los actos de corrupción” de los funcionarios de la administración pública nacional, más allá de que las derivaciones de estas acciones abarcaban “varias jurisdicciones” del país.

Y aclararon que si bien parte del reintegro del dinero de presunto origen ilegal al sistema financiero legal habría ocurrido en la Patagonia, los delitos imputados revestían una “compleja modalidad”, más acorde con el objeto de las causas que tramitaban en la Justicia Federal de la Capital donde, además, había otros expedientes conexos en curso.

Por ende, concluyeron que por “razones de practicidad y economía procesal” las sucesivas tareas investigativas relacionadas con la obtención de información acerca de la posible actividad ilícita debían ser continuadas en ese ámbito jurisdiccional ya que resultaba ser el que llevaba “más adelantada la investigación”.

En tanto, el apartamiento de Benítez resultó un soplo de aire fresco para el ministro Devenat y el Gobierno Nacional que no detuvieron allí su embestida contra el juez y continuaron con el pedido de juicio político en el Consejo de la Magistratura, el cual decidió como primera medida sancionar al denunciado con la quita del 30 por ciento de su sueldo.

De todos modos, este proceso, denominado “jury”, iba a demandar más tiempo y negociaciones bajo la mesa a cargo del ministro de Justicia Alvear para conseguir el quórum que requería la suspensión de Benítez de sus funciones como juez federal.

“¿Me pasarías la coca, por favor?”, escuchó Ariel decir a sus espaldas e inmediatamente reconoció esa voz femenina. Al darse vuelta observó a Melina parada justo frente a él, a la altura del extremo de la mesa donde estaban depositadas las botellas y la reluciente frapera de teflón que contenía los trozos multiformes de hielo. La mujer había abandonado el sillón, ahora ocupado por otra invitada, y se encontraba de pie junto a la cortina del ventanal que daba al jardín. “Cómo no”, respondió Ariel, luego tomó el primer recipiente plástico con gaseosa que alcanzó y él mismo vertió

aquel líquido negruzco y brillante a la vez en el vaso de ella, aunque ésta lo detuvo imprevistamente.

-Yo tomo sin azúcar –aclaró Melina sonriendo.

-No lo sabía –Ariel hizo a un lado la botella que tenía en sus manos y tomó otra con el contenido indicado-. Perdón.

-No te preocupes.

Ariel llenó lentamente el vaso de ella hasta el borde, cuidando de no excederse en espuma y provocar un enchastre. “¡Chin!, ¡chin!”, dijo la mujer una vez que tuvo su trago listo y ambos brindaron.

-Pensé que ibas a venir con Darío –dijo ella tras un primer sorbo-. Últimamente son inseparables.

-En realidad, somos pareja pero no digas nada porque todavía no estamos listos para salir del clóset –indicó Ariel llevándose el dedo índice a la boca.

-¡Que chistoso! –exclamó Melina, quien no dudaba ni por un instante de la orientación sexual de los dos amigos.

-Esta semana tuvo que viajar al sur –Ariel adoptó un gesto más serio-. Por eso no vino.

-Debe estar re loco con lo de la constructora, ¿no?

-Calculo que sí. Pero, ¿viste como es Darío? No es de hablar demasiado de sus asuntos.

-Sí, lo sé -asintió Melina, quien en ese momento sintió que varios de los invitados la miraba de reojo atraído por su risueño acercamiento al mejor amigo de su ex esposo.

-¿Querés bailar? –propuso él al escuchar que comenzaba a sonar un clásico de la cumbia romántica, de la época en la que iba a los boliches, cuando no existía el reggaetón ni la música electrónica.

-Me encanta esta canción pero justo quería salir a fumar al jardín –respondió ella-. Necesito urgente un cigarrillo.

-No sabías que habías vuelto a fumar.

-Son las secuelas de la separación, calculo.

-Entiendo.

-Aunque gran parte de la culpa la tiene también tu ex, eh.

-¡¿Qué?! –Ariel abrió grande los ojos-. No me digas que ella ahora fuma...

Melina respondió afirmativamente con un ligero movimiento de la cabeza.

-¡No lo puedo creer! –exclamó él agitando sus manos-. De lo que es capaz de provocar una separación....

-Ni te lo imaginás –indicó ella encarando hacia la puerta ubicada en la cocina lindante con el living y que daba al jardín trasero.

-¿Querés que te acompañe a fumar? –preguntó él.

-Lo único que falta: que vos también fumes.

-Yo no fumo. Sólo voy a tomar un poco de aire fresco y a hacerte compañía.

-Mucho fernet, ¿no?

-Bastante.

Entonces Melina ladeó la cabeza indicándole que la siguiera y así, sin importar que todos los demás presentes ya no disimulaban observarlos con detenimiento, salieron del living.

Una vez sentados uno al lado del otro en el banco tipo de plaza que había en el jardín, Melina encendió un cigarrillo y exhaló una larga bocanada de humo, como si se

estuviese sacando un peso de encima. Pero el relajamiento le duró apenas unos segundos hasta que se sobresaltó con los ladrillos del ovejero alemán de Hernán, que estaba encerrado en un diminuto corralito de hierro y alambre.

-¿Siempre ladra tanto? -preguntó la mujer aturdida y sin apartar la vista del inquieto perro.

-No, pero probablemente esté alterado porque hay mucha gente dentro de la casa. Los ovejeros son muy guardianes -respondió Ariel mirándole a ella-. Igualmente, antes era un perro más tranquilo pero se ve que con los años se volvió más agresivo.

-¿Muerde? ¿Por eso lo encierran?

-No, no muerde. Pero se altera así con facilidad.

-¿Y por qué será?

-Por lo que pude observar desde que volví a Trevithick es que aumentó enormemente la cantidad de perros callejeros que merodean las casas en busca de restos de comida y refugio, y esto termina alterando a las mascotas guardianas de esas viviendas, como en el caso del ovejero de Hernán.

-Ah, mirá vos.

-Mis padres viven acá cerca y últimamente es imposible ir caminando desde lo de Darío hasta allá porque los perros callejeros no te dejan tranquilo en ningún momento, sobre todo, de noche.

-No me había percatado de eso.

-Es que en el lado este la situación no es así.

-Claro -asintió Melina, quien ya había dejado de observar al perro de la casa y vuelto a fumar tranquila-. De lo que sí me di cuenta fue de la gran cantidad de basura que hay tirada en las esquinas, en especial, donde hay terrenos baldíos, en mal estado o directamente deshabitados.

-Totalmente -Ariel buscó a Melina con la mirada pero la mujer seguía dispersa-.
Lo que pasa es que esta localidad creció abruptamente tanto a nivel demográfico como urbano y eso implica una mayor cantidad de residuos.

-Pero del lado este no es así.

-Y no. Una muestra más de que la Municipalidad se preocupa más por mantener limpio y ordenado los barrios lindos.

-Es que de ese lado vive la gente linda -bromeó la mujer y con un ampuloso movimiento de su mano se echó su cabellera hacia atrás.

-No sé si los más lindos, pero los más chetos, seguro. ¡Jajá!

-¿Vos sos cheto? -Melina al fin cruzó su mirada con la de Ariel.

-Yo no. ¿Y vos?

-Tampoco.

Ambos mantuvieron la mirada en el otro durante unos segundos hasta que largaron sendas carcajadas que agitaron sus torsos al punto que se produjo un suave pero electrizante roce a la altura de los hombros.

-Ahora nos reímos, pero de chicos, cuando estábamos en el colegio, a Darío lo tenía como un miembro de los denominados 'Chetos del Este' -retomó Ariel luego de que Melina se acomodó en su asiento, volviendo a tomar cierta distancia del cuerpo del hombre-. Igualmente, siempre lo consideré de lo mejorcito de ese grupo porque había otros que eran tan insoportables que daban ganas de agarrarlos a piñas.

-Me imagino. Darío siempre tuvo esos aires de la alta sociedad, típico de los que le toman el pelo a los que ellos consideran inferiores, aunque en realidad no lo sean. Es más, una vez me contó que en la escuela te cargaban a vos porque por ser 'gordito'. ¿Es cierto?

-Sí, pero yo no era gordo sino bajito y por eso parecía más feo y obeso.

-Claro.

-Pero después de pegar el estirón se me acomodó el cuerpo.

Y vaya que se acomodó, evaluó ella mentalmente y se preguntó cómo hacía Ariel para mantenerse en tan buen estado sin realizar demasiado ejercicio salvo un partido de fútbol informal por semana, cuando Darío, en cambio, entrenaba dos o tres veces de lunes a viernes y jugaba todos los sábados. Te odio, ironizó en su cabeza aunque su estado físico era bastante similar al de Ariel, al igual que sus hábitos para ejercitarse y alimentarse.

En medio de una pausa prolongada, Melina arrojó la colilla sobre el pasto humedecido por el rocío nocturno y lo apagó con el taco de su zapato, tras lo cual, se quedó cabizbaja.

-¿Te sentís mal? –preguntó Ariel posando suavemente su mano en la espalda de ella cubierta por una camisa de algodón blanca que dejaba traslucir una remera de mangas cortas del mismo color.

-No, Ari, todo bien –respondió ella irguiendo el tronco con la cabeza en alto, ante lo cual, él retiró la mano de su espalda.

-¿Segura? Pusiste una cara...

-Sólo estoy cansada...

-Y sí. Los viernes son un día muy largo.

-Ojalá fuesen sólo los viernes.

-¿Y de qué estás cansada, entonces?

-De nada, de nada.

-Dale, decime.

Ariel la miró extrañando y Melina mantuvo la vista al frente, como perdida en la ligustrina que delimitaba el jardín.

-La verdad es que estoy cansada de sentirme culpable.

-¿Culpable? ¿De qué? –preguntó él al cabo de un instante de duda.

-No sé vos, pero yo la pasé muy mal cuando me separé.

-Lo sé. Lo sé. Pero lo que no entiendo es de qué te sentís culpable.

-De todo lo que pasó.

-Me parece que estás siendo demasiado severa con vos misma.

-Puede ser.

-Yo creo que sí. Y no es para tanto.

-Mi terapeuta me dice que tengo un inflexible sentido de la justicia.

-No soy un especialista en psicología pero considero que sos una gran persona, amiga y profesional, y que fuiste una muy buena esposa, más allá de los defectos que todos podemos tener.

-No estoy tan segura respecto de lo último.

-Yo sí. Y estoy seguro que vas a ser una muy buena madre, algún día.

-A este paso lo veo cada vez más difícil.

-Meli, no tenés absolutamente nada que reprocharte. Nada.

-¿En serio lo creés?

-En serio. Ojalá hubiera más mujeres como vos. Así, el mundo sería mucho mejor.

-Gracias Ari y ojalá hubiese más hombres como vos –Melina clavó sus ojos achinados en él, quien pasó su brazo por los hombros de ella. Y apenas sintió ese apoyo, la mujer dejó caer ligeramente su cabeza hacia el costado donde Ariel había posado su mano.

-Me gustaría poder estar siempre así, en paz –retomó ella mirando el cielo estrellado.

-¿Y qué es estar en paz para vos?

-Hacer lo que me gusta sin que me rompan las bolas.

-Ojalá fuera tan fácil lograr eso.

-Es casi imposible.

-No sé. Difícil, seguro. Imposible, no.

-¿Y a vos que te da paz?

-Saber que gozo de buena salud, trabajar de lo que me gusta, estar conectado con mis amigos, compartir momentos con la familia, ver bien a mis padres que ya están viejitos....

-Suena lindo.

-Lo es. Aunque eso no quita que resulte complicado lograrlo.

-Lo que cuesta, vale, ¿no?

-Tal cual.

-Sucede que a veces hay que tomar riesgos para lograrlo. Y a mi me cuesta.

-A todos nos cuesta. ¿Quién no vive con miedo hoy en día?

-Supongo que nadie.

-Exacto. Pero si te dejás llevar por ese miedo te paralizás y no hacés nada. Y hay que seguir adelante.

-Claro.

-Y nosotros tenemos que aprovechar que no tenemos hijos.

-Sinceramente, yo no sé cómo haría para afrontar una situación como ésta siendo madre.

-A eso justamente me refería: con chicos todo sería mucho más difícil.

-Absolutamente cierto.

-Así que no estamos tan mal como a veces pensamos.

-Yo espero que estemos mejor en el futuro –afirmó ella levantando la cabeza y sentándose derecha aunque sin apartar su mano del muslo de él.

-Hay que confiar en que lo mejor está por venir –Ariel le guiñó un ojo.

-Que tus deseos se hagan realidad –Melina movió su brazo como una varita mágica y rozó la cabeza de su acompañante, que no pudo evitar largar una carcajada que atrajo la atención del ovejero alemán, que jadeaba y movía la cola sin cesar; por esta vez, ella no apartó dirigió su mirada a la jaula del animal, sino que permaneció cara a cara con Ariel, quien lentamente comenzó a avanzar hacia ella.

-¿Te cortaste el pelo? –preguntó él acariciando suavemente algunos mechones de la melena Melina, quien inmediatamente sintió un cosquilleo que la llevó a contraer los músculos abdominales.

-Mejor ni hablemos del tema, porque la peluquera me hizo lo que quiso. ¡La quiero matar!

-A mi me gusta cómo te quedó. Además, tampoco te cortaste tanto. Digo, no has cambiado tu look radicalmente.

-Gracias. Al menos te diste cuenta de que algo me hice.

El estruendo del caño de escape de una moto desconocida que pasó a alta velocidad por la esquina de la casa, probablemente tripulada por un par de jóvenes que había salido a pasear de noche como cualquier fin de semana, puso en alerta al guardián de la casa que volvió a ladrar fuerte y sostenido, a raíz de lo cual, un Hernán atento y con el objetivo de descartar cualquier movimiento extraño, se asomó por el ventanal del living que había quedado a media luz y donde la música sonaba sin parar ya que los invitados habían terminado de cenar e improvisado una pista de baile sobre la alfombra.

Afuera, tanto en el jardín de la casa como en la calle, sólo quedaban perdidas unas pocas sombras de figuras humanas, cuyos contornos parecían fundirse unos con

otros hasta casi esfumarse en un tenue halo cuyos puntos más perceptibles se reflejaban como lunares plateados dispersos en la humedad que cubría todo el suelo.

VI

La presencia en superficie del rocío pre estival se volvió más intensa, lo que hizo descender, aunque lentamente, la temperatura en el jardín de la casa de Hernán y ésa fue la excusa perfecta que utilizó Melina para volver a entrar, cuanto antes, al living donde se desarrollaba la fiesta de cumpleaños. Y justo antes de volver al interior de la vivienda, cuando ella se disponía a levantarse de banco, Ariel volvió a acariciarle el cabello, ante lo cual, la mujer permaneció inmóvil durante unos segundos.

-¿Te molesta que te toque el pelo? –preguntó él alejando su mano de entre los mechones de ella, como si estuviese pidiendo disculpas por aquel atrevimiento.

-No, al contrario -la mujer se puso de pie-, me da algo de sueño y eso me relaja bastante.

Ariel la miró y no pudo evitar soltar una risita nerviosa.

-¿Qué pasa? ¿Te causa gracia lo que dije del pelo? -inquirió ella, perseguida por la reacción de él.

-No, en absoluto –Ariel volvió a adoptar un rostro serio-. No pasa nada –agregó mientras ella meneó la cabeza y comenzó a caminar hacia la puerta trasera de la cocina y él siguió recordando como su ex esposa detestaba que le tocasen el cabello en cualquier circunstancia, incluso, cuando mantenían relaciones sexuales.

Momentos después, Melina atravesó la cocina con paso ligero y Ariel, desde el jardín, observó por el ventanal que ella ya estaba nuevamente mezclada entre los invitados que bailaban a media luz, por lo que decidió que ya había transcurrido el tiempo suficiente para que él siguiera el mismo recorrido sin despertar demasiadas sospechas entre los presentes. Sin embargo, sus planes se alteraron cuando se topó con el anfitrión que acababa de ir a buscar hielo para los tragos al *freezer* de la heladera.

-Te vi, picarón, ¡jajá! –le dijo a Ariel apenas lo cruzó en la cocina, donde estaban ellos dos solos.

-Ya estás en pedo –el invitado, con el rostro algo sonrojado palmeó a su amigo en la espalda e intentó continuar su marcha hacia el living pero Hernán lo detuvo colocándole la palma de su mano libre (con la otra sostenía la frapera) sobre el pecho de él.

-No trates de engañarme, Ari –Hernán adoptó un gesto serio, aunque el grado de alcohol en sangre no se lo permitía del todo-. Estuviste un rato largo afuera con Meli, los dos solos.

-¿Y? –Ariel no pudo evitar que se le escapara una sonrisa-. La acompañé a fumar un cigarrillo y a tomar un poco de aire fresco, nada más.

-¿Nada más? No me mientas amigo.... –el anfitrión largó una fuerte carcajada que, de todos modos, quedó disimulada por el alto volumen de la música que sonaba en el ambiente contigo.

-No te miento, gil –ahora la mano de Ariel se posó sobre el hombro de Hernán que lo tomó sutilmente del cuello y lo condujo a su amigo hacia el sector de la mesada ubicado en el extremo opuesto de la cocina, lejos de la arcada que comunicaba con el living y de la salida hacia la parte posterior de la casa.

-Ari, todo el mundo se da cuenta de cómo se miran los dos –Hernán habló suavemente y cerca del oído de su amigo-. Así que no sirve que sigan simulando que no pasa nada entre ustedes.

-¿Tan evidente es? –Ariel miró al anfitrión a los ojos, fijamente, y Hernán asintió.

-Parecen adolescentes. ¿Qué querés que te diga? –el anfitrión se encogió de hombros, risueño.

Ariel se apartó unos centímetros de su amigo y se apoyó contra la mesada, con su cola sobre el borde de la misma. Luego estiró las piernas y las cruzó a la altura de las rodillas, y entrelazó sus brazos sobre sus pectorales, mientras que el dueño de casa apoyó la frapera en la mesa y permaneció de pie frente a él, expectante.

-Igual, no fue nada del otro mundo. Ni siquiera algo premeditado. Simplemente se dio –comenzó a explicar Ariel en voz baja y mirando de reojo hacia la arcada que daba al living donde el bullicio, una mezcla de canciones, risotadas, gritos, exclamaciones y choque de cristales, continuaba sin impedimento alguno, como si se tratase de un mundo aparte de la realidad, perfecto, lleno de alegría y sin problemas ni preocupaciones. ¿O acaso el espíritu de una verdadera fiesta no se trata precisamente de todo eso?

-Pero contame qué fue lo que pasó...

-Bueno –Ariel movió sus manos con las palmas hacia abajo, como si estuviese pidiéndole a su amigo un poco de calma y paciencia-. Después me decís que parezco un adolescente, ¿y vos?

-Dale, che, no des más vueltas.

Ariel hizo una breve pausa y luego retomó su relato.

-Resulta que estábamos los dos sentados en el banco, ella fumaba y tomábamos fernet hasta que el vaso de Meli se vació más rápido que el mío.

-Entonces....

-Me ofrecí a ir adentro a prepararle otro trago pero ella dijo que no hacía falta, que no me tomara la molestia. Y yo lo dije que no era ninguna molestia y me paré para ir hasta el living.

-Ajá –Hernán escuchaba con atención y era de los dos quien ahora tenía los brazos cruzados y el torso inclinado ligeramente hacia adelante.

-Apenas me paro, ella me tomó del brazo y me frenó. Me dijo que no me fuera, que ella cuando terminaba el cigarrillo iba a prepararse su propio fernet. Así que me volví a sentar y le ofrecí tomar de mi vaso.

-¡Qué caballero que sos! –exclamó Hernán, a lo que Ariel se llevó el dedo índice a la boca exigiendo que bajase el volumen de la voz-. Por eso siempre tuviste éxito con las mujeres –agregó el anfitrión prácticamente susurrando.

-Y cuando le acerco el vaso le aclaro que mi trago no tenía coca sin azúcar, como le gusta a ella, pero Meli lo tomó igual, sin problemas.

-Bien ahí.

-Enseguida, Meli le da un sorbo cortito y después me dice que está rico igual con coca común. Yo la miro fijo, ella también y baja el vaso. Pasan dos segundos de silencio absoluto y escucho su vocecita tierna que me dice: 'Sos un dulce'.

-Ah, bueno. Y ahí le rompiste la boca de un beso, ¿o no?

-Más o menos.

-¿Cómo más o menos?

-Fue ella la que apenas terminó de pronunciar la palabra 'dulce' se inclinó sobre mí, apretó gentilmente mis labios con sus dedos y me dio un pico.

-Nunca me hubiera imaginado que Melina iba al frente de esa manera -Hernán arqueó el entrecejo.

-Yo menos –Ariel se corrió se la mesada y quedó parado, con la espalda erguida-. De hecho, me sorprendí y tardé en reaccionar. Entonces, ella se echó hacia atrás, bajo la mirada y tomó otro sorbo rápido.

-Sos tan caballero como dormido –bromeó Hernán.

-Bueno, che. En ese momento supuse que ella estaba en pedo, que se le había ido la mano y se arrepentía del pico.

-Pero, ¿cómo siguió?

-Ella apagó la colilla del cigarrillo con la punta de su zapato sobre el pasto mojado y se paró. Pero no dio un paso más porque yo la agarré de la mano y la hice sentar de nuevo en el banco, al lado mío y bien pegados. Y ahí, en cuanto me hizo ojitos de vuelta la besé con todo y lengua, ¡jajá!

-Al final, no sos tan dormido, eh.

-¿Viste?

-¿Y cómo fue ese beso? Más allá de lo obvio.

-Fue breve pero muy bueno. La verdad que me dejó caliente como una pipa, con ganas de mucho más -respondió Ariel exhalando un largo suspiro, como quien acaba de atravesar un momento de suma tensión y necesita aflojar sus músculos.

-Me imagino -asintió Hernán, quien al igual que todo el universo masculino allí presente consideraba que Meli era irresistiblemente atractiva en comparación con otras mujeres de su misma edad. Yo le daría hasta que la Policía me saque de encima de ella, se dijo.

-Cómo me gusta meterme en quilombos, ¿no? -retomó Ariel.

-Sos como un chico travieso, Ari. Estás yendo directo a meter los dedos en el enchufe.

-Estás exagerando. No es para tanto.

-Creo de deberías de hablar con Darío.

-No sé, Hernán. Capaz que nos estamos haciendo la película y queda todo acá, en un simple beso. Y nada más.

-Lo que pasa es que la gente va a empezar a hablar del tema y probablemente le llegue algún comentario tergiversado a Dari y eso puede ser peor.

-En eso tenés toda la razón. Es mejor que se entere por mí que por un tercero - asintió Ariel, quien en ese momento recordó la curiosa historia que recientemente le había contado Darío sobre cómo había quedado al desnudo la doble vida del padre de su “amiga” Mariana.

Aquel incidente había ocurrido hacía un par de años cuando los padres de Marian concurren a una fiesta de 15 de la hija de una pareja amiga, a la que también asistieron muchos conocidos suyos, vecinos y hasta colegas, algo típico en la vida de las familias oriundas de Trevithick y que todavía residían allí.

Ernesto, padre de Marian, no sólo bebía en exceso en este tipo de eventos sino que también lo hacía de manera habitual aunque sin llegar a ser un alcohólico ni algo parecido. Lo cierto es que tenía la costumbre de beber, sobre todo vino, con cada cena hogareña y especialmente los domingos desde el mediodía hasta la tarde, cuando preparaba el asado para toda la familia y amigos, entre ellos, el propio Darío, cuando éste no se había casado y solía ir de visita. De hecho, entre sus 20 y 25 años, el ahora arquitecto llegó a convertirse en el principal acompañante de Ernesto a la hora de compartir unas copas, por lo que el padre de Marian sentía un gran aprecio por él y viceversa. Es más, Darío realmente lo admiraba por tener que convivir con cuatro mujeres (su esposa y tres hijas), todas de difícil carácter. “Un día te voy a levantar un bronce, Ernestito”, solía decirle Darío en broma.

Cuestión que durante la fiesta de 15 Ernesto se embriagó, al igual que el padre de la agasajada, con quien entre brindis y brindis comenzó a mantener una discusión típica de borrachos, de esas que nadie sabe con exactitud cuándo, cómo y por qué comienzan pero sí que terminan mal. Y en medio de ese entredicho, su amigo le

reprochó: “Mirá quien habló de decir las cosas como son. ¡¿Cuándo lo vas a blanquear, cagón?!”.

Estas expresiones desubicadas llegaron con la velocidad de un rayo a los oídos de Cristina, la esposa de Ernesto, quien le exigió a éste explicaciones en el acto, lo que derivó en un escándalo en plena fiesta. La madre de Marian siempre había sospechado que su marido alguna vez la había engañado con su secretaria por lo que el incidente no hizo más que despejar sus dudas. Por su parte, Ernesto en un primer momento no dijo ni una sola palabra, bajó la cabeza y se retiró del festejo con la promesa a su esposa de que iban a hablar cuando estuviesen solos y en su casa. Una vez allí, y ante la inagotable insistencia de Cristina, el hombre admitió su *affair* con su secretaria pero lo que descolocó definitivamente a la madre de Marian fue que no se trataba de una simple historia de sexo e infidelidad, sino que su esposo estaba enamorado de aquella mujer, con la que mantenía una relación sentimental desde hacía una década y, no sólo eso, ¡con la que tenía una hija de ocho años!

Cristina había creído hasta ese momento que la niña era hija del ex marido de la secretaria, a lo que Ernesto agregó que él quería profundamente a esa hija extramatrimonial y que por ningún motivo pensaba abandonarla. Hasta pretendía darle su apellido.

La noticia fue una especie de bomba atómica para Cristina, Marian y sus hermanas quienes durante un largo tiempo no pudieron creer que todo aquello fuese cierto y, peor aún, que en diez años ninguna de ellas supo con certeza qué ocurría a sus espaldas. Fue como una puñalada por la espalda, sin dudas, y la sorpresa también alcanzó al círculo íntimo de la familia que durante todo ese tiempo había colocado a Ernesto en una especie de pedestal, algo similar a lo que ocurría con Jorge, el padre de Darío. Quizás era un mal de esa generación de hombres y mujeres que, a diferencia de

las actuales, se casaban muy jóvenes, sin conocer del todo a su pareja, y ni siquiera sus propios gustos, y después no se animaban a separarse para no ser víctimas del prejuicio social o por comodidad y seguridad económica.

-¿En qué te quedaste pensando? -preguntó Hernán tras advertir el prolongado silencio de Ariel, como si éste hubiese caído en un pozo profundo.

-En nada importante -respondió el invitado con una sonrisa pícaro.

-Dale, contame –insistió Hernán-. Por algo te está riendo.

-Es que no tiene nada que ver con lo que estamos hablando. ..

-¡Que me importa! –Hernán hizo “montoncito” con los dedos de ambas manos-.

Ahora no me dejes con la intriga.

-No se por qué, pero me vino a la mente el recuerdo de aquella vez que fuimos nosotros dos y Darío al cabaret después de un asado con el equipo de fútbol, ¿te acordás?

-Sí, obvio. Hicimos un tres contra tres en un cuartito de dos por dos, je.

-Y lo que más recuerdo es que las putas estaban en cuatro patas y en hilera, una a lado de la otra, y vos en el medio de Darío y yo, y el guacho de Darío pasaba la mano por detrás tuyo y le metía el dedo en el culo a tu mina sin que vos te dieras cuenta. ¡Jajá!

-Fue tremendo porque recién me avivé cuando la mina, a la segunda o tercera vez que el otro hijo de puta le metió el dedo en el orto se dio vuelta y me pegó un cachetazo que me hizo girar la cara. ¡La quería matar!

-No me voy a olvidar más de tu cara, no entendías un carajo de lo que estaba pasando y Darío del otro lado cagándose de risa mientras seguía cogiéndose a su mina – Ariel no aguantó más y largó una fuerte carcajada que atrajo la atención de varios de los

presentes en la fiesta, por lo que Hernán le clavó una mirada de reproche para que disimulase.

-¡Cómo le gusta la joda a Dari, por Dios! –exclamó el anfitrión procurando no levantar demasiado el volumen de su voz.

-Y después me das sermones a mí sobre cómo ser prolijo y no meterme en quilombos, ¿no?

-Bueno, Ari. Esa fue otra época –Hernán frunció los labios a la altura de las comisuras y movió repetidamente su cabeza hacia arriba y hacia abajo-. Teníamos veinte años, la mitad de los que tenemos ahora. No te olvides.

-En eso tenés razón –asintió Ariel-. ¡Cómo pasa el tiempo, che!

-¡Uf! –Hernán alzó su mano derecha y la agitó por detrás de su cabeza-. No quiero ni pensarlo –continuó y tras prepararse un nuevo trago condujo a su amigo hasta el sector del living donde se encontraba el resto de “los muchachos” quienes, al igual que lo habían hecho ellos dos hasta hace unos instantes antes, compartían innumerables anécdotas sobre mujeres y fútbol, principalmente.

Melina estaba sentada sobre el apoya brazos del sofá con sus piernas cruzadas y haciendo movimientos cortos y rápidos con la punta del pie que se sostenía en el aire, mientras que una mano descansaba sobre su regazo y con la otra se llevaba el trago a la boca. Miraba hacia el grupo de mujeres que cuchicheaban en el living aprovechando una especie de recreo luego de bailar varios clásicos movidos del pop en inglés de los '80. Pero Meli no escuchaba con atención lo que ellas hablaban, sólo fingía seguir el hilo de la charla con sus ojos y, cada tanto, asentía con la cabeza. Vanesa, la esposa de Hernán y que estaba parada a su lado, advirtió la actitud de su amiga por lo que la tomó del brazo y le pidió que la acompañara al baño, pero en vez de dirigirse al *toilette* que

estaba ubicado debajo del descanso de la escalera, a pocos metros de la puerta principal del frente de la vivienda, se dirigieron al de la planta alta, más grande, cómodo y, sobre todo, privado.

-¿Qué pasó con Ariel –preguntó la anfitriona apenas ambas pisaron el pasillo que conducía al baño y las habitaciones-. Contame, por favor, que no me aguanto.

-No pasó nada –respondió Meli bajando la mirada hacia el interior de la cartera que colgaba de su hombro aunque no buscaba nada en particular.

-¡Dale, nena! –Vanesa se paró de frente a su amiga y las dos quedaron cara a cara-. Mira que no te dejes ir a tu casa hasta que me cuentes, eh.

Melina se dirigió a su amiga y sonrió.

-Bueno, pero no podés decirle nada a nadie –indicó-. ¿Melo prometés?

-Te prometo que no digo nada a nadie. En serio.

-Nos besamos –dijo Meli en voz baja-. Bah, él me dio un beso, pero nada más.

La mujer de Hernán abrió grande los ojos, dio un rápido vistazo a su alrededor y una vez que estuvo segura que no había moros en la costa condujo a su amiga hasta el interior del baño, donde ella se sentó en el inodoro y la otra en el borde de la bañera.

-Detalles, dame los detalles, por favor... –insistió Vanesa una vez que las dos encontraron la forma de ubicarse en sus respectivas limitadas posiciones.

-Ok –Melina atinó a sacar un cigarrillo pero inmediatamente se dio cuenta que estaba encerrada en un baño y que, por más que su estado de ánimo le exigía nicotina, no correspondía encenderlo, así que lo dejó guardado.

-Prendelo si querés –indicó la dueña de casa-. Pero abrí la ventana así el humo se va rápido y no queda olor.

-¿Segura? –Melina volvió a colocar el cigarrillo entre sus dedos.

-Sí. Total, Hernán fuma a escondidas en la bañera y tira las cenizas por la ventana.

-¿En serio?

-Sí, un tarado porque se piensa que yo no me doy cuenta.

-¡Jajá!

-Igualmente, no le digo nada porque lo hace una vez cada tanto y después echa perfume por todo el baño.

-No creo que sirva de mucho perfumar.

-Él cree que sí, pobre. De todos modos, prefiero el olor a mezcla de humo de cigarrillo con perfume que a su mierda. Porque cuando caga es tremendo. No se soporta

-Vanesa movió lateralmente su mano a la altura de su nariz, como si estuviese ahuyentando los malos aromas-. Bueno, dale, contame.

-Estábamos los dos sentados en el banco del jardín, charlando de la vida -Melina hizo una brevísima pausa y finalmente encendió su cigarrillo-. Yo fumaba, él tomaba su fernet y en un momento se sentó bien pegado a mí, con la excusa de que quería mostrarme unas fotos que tenía guardadas en su celular.

-Ajá.

-Quedamos los dos a la par, mirando hacia la pantalla de su celular y la cara de él estaba muy cerca de la mía, casi rozándose. Entonces, él en un momento, mientras pasaba las fotos, me dijo '¡que rico perfume!' y respiró fuerte, al punto que sentí como un soplido en el cuello.

-Y ahí te agarró un cosquilleo en todo el cuerpo, me imagino.

-Y... encima su muslo se tocaba con el mío.

-Ya no sabían dónde poner las manos, ¿no?

-Más o menos.

-¿Entonces?

-Cuando me elogia el perfume me mira y cuando yo lo miré me dio un beso en la boca.

-¿Así, de una?

-Sí.

-Miralo a Arielito. No me lo imaginaba actuando como un *dandy*.

-Yo tampoco –Melina alzó la vista y se inclinó un poco hacia atrás-. Es más, me agarró por sorpresa. Te juro.

-Bueno, vos tampoco te hagas la santita porque no le corriste la cara ni lo detuviste, ¿o me equivoco?

-No, no lo paré.

-Porque te gustó.

-Fue un pico, nada más –Melina se sonrojó-. Pero muy sexy.

-Está bien.

-Sí, no sé –el rostro de Melina pasó de teñirse de un colorado apasionado a un pálido frío.

-¿Qué problema hay? –Vanesa advirtió cierta preocupación en el rostro de su amiga.

-Es que cuando me besó me di cuenta de que estoy hasta las manos.

-¡Ah! Eso es un poco más serio, querida, porque quiere decir que no se trató de sólo un beso.

-Sinceramente, no lo vi venir -admitió Melina meneando la cabeza y exhalando una bocanada de humo que pareció interminable y nubló el reducido ambiente.

-Y bueno, estas cosas a veces pasan sin que una se lo proponga –Vanesa se puso de pie y caminó hasta la pileta donde se lavó las manos-. Igualmente, no te preocupes y dejá que todo fluya y ves que onda...

-¿Qué onda? –Melina también se paró y arrojó la colilla en el inodoro-. Ariel es el mejor amigo de mi ex, y los dos viven juntos. Es peor que engancharme con un tipo casado.

-No seas tan exagerada. ¿Alguna vez saliste con un tipo casado? –la mujer de Hernán se sacaba las manos con la toalla.

-No. ¿Vos sí?

-Cuando estaba soltera.

-¿Y?

-Estás hablando de dos cosas completamente distintas. Y si empezás a mezclar los tantos te va a ir mal.

-¿Qué hago entonces? –después de tirar la cadena, Melina se sentó en el inodoro, con la tapa del mismo baja, tal como lo había hecho su amiga un rato antes.

-Ante todo, tenés que estar segura de lo que te pasa con Ariel porque si se trata de algo pasajero, del momento, mejor buscate otro tipo que represente menos quilombos, porque sino se puede transformar en un drama de película.

-Si hay que en este momento de mi vida no quiero es más quilombos. Y mucho menos un drama.

-Ahí tenés la respuesta, nena.

Melina guardó silencio, se puso nuevamente de pie y se lavó las manos. Todavía sentía un cosquilleo en la panza, el cual la acompañó el resto de la velada de manera sutil, excepto por cada una de las veces que se cruzó con Ariel y aunque no pudieron sacarse los ojos de encima uno del otro, esa noche no volvieron a hablar y cada uno

mantuvo cierta distancia y se rodeó de sus amigos hasta el final de la fiesta, de la que ella se retiró en el coche de otro de los invitados y él igual, aunque ambos por separado. Y cuando lo hicieron, Ariel siguió saboreando el fresco recuerdo de cómo sus deseos pendientes habían reposado, al menos por un instante, en los labios de Melina, en tanto que ella siguió algo aturdida por la sorpresa revelada.

A esa altura del año, los días parecían más largos y cuando Ariel llegó a la casa de Darío ya comenzaba a clarear. Sobre la línea del horizonte había unas pocas nubes, cuya blancura presagiaba que pronto se disiparían en las alturas del cielo, el cual, en ese momento aun mostraba unas gruesas pinceladas de azul oscuro, las que se teñirían inevitablemente de celeste con el correr de las horas. La temperatura era agradable pero Ariel había perdido tanto calor por efecto del consumo excesivo de bebidas alcohólicas que no se quitó el abrigo hasta varios minutos después de haber ingresado a la vivienda, donde se sorprendió al advertir que la camioneta de su amigo no estaba estacionada en el garaje. “¿Dónde se habrá ido este tipo?”, balbuceó el recién llegado, quien se tropezó con una de las sillas de la mesa de la cocina en cuyo respaldo intentó colgar su campera de jean, la cual terminó tirada en el suelo. “¡La puta madre!”, insultó Ariel al sentir el golpe de la madera en su rodilla aunque el dolor seguramente iba a ser mayor cuando recuperase la sobriedad. Rengueando, se dirigió hasta el *toilette* de la planta baja, orinó sentado para evitar una potencial y dolorosa caída, y tras subirse los pantalones, pero sin abrochárselo para alivianar la presión sobre su vientre, se arrodilló en el frío suelo de *procellanato* color arena, colocó sus brazos alrededor del borde del inodoro e intentó vomitar, pero las arcadas no fueron lo suficientemente fuertes. Además, no había comido demasiado durante todo el día, por lo que sólo había líquidos en su estómago. Así, sólo escupió un poco de saliva maloliente y con sabor a fernet.

Le costó levantarse del suelo pero una vez que lo logró se sintió mejor, por lo que necesitó menos esfuerzo para subir las escaleras hacia su habitación. De todos modos, lo hizo despacio y con cuidado para evitar esos tontos accidentes domésticos que ocurren a diario y en todas las casas. De hecho, Ariel había sufrido a los 18 años un accidente tan zozco como peligroso cuando al encender un fósforo para prender la hornalla de la cocina se quemó un ojo ya que la cabeza del fósforo se partió y, encendida, realizó una parábola hacia atrás que terminó justo sobre el lagrimal ubicado en el punto exacto donde termina el extremo inferior del párpado y comienza el hueso de la nariz. Esto le produjo a Ariel una quemadura leve en la córnea, que afortunadamente le nubló la visión sólo por unos días, pero se le derritió el conducto lagrimal, por lo que debieron intervenirle quirúrgicamente para reabrirlo, lo que le significó un doloroso procedimiento.

Fue una operación con anestesia local que Ariel nunca olvidó porque pudo ver como introdujeron una especie de hierro delgado en su ojo y este se cubrió de sangre, adoptando su visión un filtro pardo, como si le hubiese colocado un par de anteojos de ese color. Pero lo peor fue la recuperación, ya que la intervención le provocó los dolores de cabeza más intensos que jamás había sentido y durante diez días debió limpiarse la herida cada dos horas para que no se le pegara el párpado con las secreciones de la herida. Así que por una semana y media prácticamente no durmió y se quedó sin pestañas ya que, por más que se limpió tal como se lo había recomendado el médico, la crema cicatrizante y el pus que supuraba de la cicatriz hicieron que el ojo se pegoteara igual. Por ello, la madre de Ariel durmió con él durante todo ese período y le aplicó gasas humedecidas en té tibio en el párpado para lograr que lo abriese sin tanto dolor. “Era como si me hubiesen clavado un cuchillo en el medio de la cabeza y lo retorcieran una y otra vez”, describió Ariel en aquel entonces sobre sus migrañas, a lo que sus

amigos, con Darío al frente, bromeaban con que, en realidad, él había encendido el fósforo al revés, raspándolo en dirección a su cuerpo en vez de en sentido opuesto. Y si bien era un chiste entre jóvenes, Ariel se molestaba cada vez que se lo decían ya que él juraba que había encendido el fósforo de manera correcta.

En definitiva, fue una experiencia sumamente molesta y perturbadora para Ariel, por lo que pasaron varios años hasta que volvió a encender una hornalla con fósforos. Desde aquel accidente doméstico comenzó a utilizar encendedores eléctricos o a gas. De todos modos, no se convirtió en un trauma eterno y con el tiempo finalmente lo superó.

Ariel ya no pensaba en los fósforos ni en los encendedores cuando fue hasta la cómoda de su dormitorio y de uno de los cajones tomó una bombacha de lino negro que Melina se había olvidado allí antes de mudarse. Él la había hallado días antes de casualidad y la ocultó como un tesoro. Ahora la tenía entre sus manos y se la llevó a la nariz con la que inhaló fuertemente procurando captar el aroma de los genitales de Meli, una acción absolutamente inútil ya que la bombacha estaba perfectamente limpia y vaya uno a saber cuándo había sido la última vez que la mujer se la había colocado. Podrían haber pasado años e, incluso, ella pudo no haberla usado jamás, ya sea porque no le terminó gustando o por olvido.

Se quitó los pantalones y la remera, y con su cuerpo cubierto únicamente por unos bóxer se fue al baño de la planta alta, ubicado entre su dormitorio y el de Darío, el cual estaba al final del pasillo. Se bajó los calzoncillos hasta los tobillos, sentó en el inodoro y con la mano envuelta en la bombacha de Melina comenzó a masturbarse frenéticamente mientras mantenía sus ojos bien cerrados y proyectaba en su mente imágenes de su reciente beso con ella. Su cabeza bamboleante también se inundó de flashes de las últimas vacaciones que habían pasado juntos en la playa, él con Milena y Darío con Melina, quien lo deslumbró con su cuerpo en bikini. Es más, en su

smartphone (el cual tenía en su otra mano) guardaba algunas fotos que habían tomado durante ese viaje, así que las colocó en la pantalla y las observó con detenimiento, tal como lo había hecho en los últimos meses, para aumentar su excitación, la cual se vio un poco afectada por la borrachera, por lo que le costó mantener la erección.

Su pene estaba irritado de tanto frenesí y jadeaba como un perro cuando Ariel escuchó que el portón del frente de la casa se abría e ingresaba la camioneta de Darío. Y ante esa situación, aceleró el movimiento de su mano procurando eyacular antes de que su amigo lo descubriera. Por su parte, el dueño de casa le dio algo de tiempo porque luego de descender de su vehículo permaneció unos momentos en la cocina donde bebió un vaso de agua y recién entonces subió a su habitación. Y cuando alcanzó el pasillo Darío vio a su amigo salir del baño apurado y agitado.

-¿Qué hacés? ¿Estás bien? –preguntó el arquitecto, a quien no le llamó tanto la atención de que Ariel estuviese en calzoncillos ya que aquel siempre dormía así cuando la noche no estaba fresca.

-Sí, sí –respondió Ariel, aun de pie en la puerta del baño y con ambos puños cerrados y colocados uno al lado del otro sobre sus genitales-. ¿Vos? ¿Dónde estabas? Pensé que te ibas a quedar acá toda la noche.

-Fui a llevar a la mina hasta su casa porque ella tenía que levantarse temprano y yo quería dormir hasta tarde.

-Claro, entiendo.

-¿Me dejás pasar al baño? –preguntó Darío a su amigo inmóvil.

-Sí, pasá. Perdón –Ariel se hizo a un lado y Darío entró al baño y entornó la puerta.

-¿Cómo estuvo el cumpleaños de Hernán? –vociferó Darío aparado frente al inodoro mientras Ariel fue hasta su cama, ocultó la bombacha debajo de la almohada,

dejó el celular apagado sobre la mesita de luz y se colocó una remera, tras lo cual, regresó hasta el pasillo.

-Bien, tranqui. Como siempre –respondió Ariel acercándose a la puerta del baño desde donde se oía el chorro de orín de Darío-. Tomamos unos tragos, comimos, escuchamos música...

-Está bien –Darío terminó de orinar y abrió la puerta de par en par para poder hablar con su amigo mientras se lavaba las manos-. Che, ¿y te dijo algo Hernán de por qué no fui a la fiesta?

-Me preguntó dónde estabas y yo le dije que probablemente en viaje desde el sur –indicó Ariel que ahora estaba de brazos cruzados y apoyando unos de sus hombros sobre el marco de la puerta.

-¿Y se enojó?

-No creo. Aunque no es boludo y se dio cuenta de que lo del viaje era una mera excusa para no encontrarte con Melina.

-Bueno, che, ¿qué quieren que haga? –el tono de voz de Darío se irritó-. La cosa entre los dos terminó mal y ya no hablamos excepto a través de nuestros abogados. No todos se separan como vos hiciste con Mile.

-Ya lo sé, ya lo sé –Ariel intentó calmar los ánimos hablando con pausa y espaciando las palabras, al tiempo que Darío se secaba fuertemente las manos con la toalla.

-¿Y Melina fue a la fiesta? –retomó el arquitecto, quien ahora se veía en el espejo y trataba de acomodarse los pocos cabellos que le quedaban en su cabeza.

-Sí, sí.

-¿Hablaste con ella? ¿Te dijo algo?

-Me preguntó por vos y le dije lo mismo que a Hernán: que habías viajado al sur por cuestiones laborales. Nada más –respondió Ariel, en cuyo rostro aun se podían observar algunas gotas de sudor que recorrían sus músculos tensados.

-¿Seguro que estás bien? Te veo muy serio.

-Tengo un poco revuelto el estómago -respondió Ariel masajeándose la panza en forma circular por arriba de la remera que la cubría.

-Eso es porque tomaste mucho, amigo. ¡Siempre igual de blando vos, eh! –Darío atravesó el umbral de la puerta y al pasar palmeó a Ariel en el hombro que no estaba apoyado contra el marco-. Bueno, me voy a dormir porque estoy fusilado.

-Sí, yo también.

Ariel dio unos pasos hacia su habitación, luego se detuvo y se volvió hacia Darío que estaba vaciando el contenido de los bolsillos de su pantalón en la repisa ubicada junto a la pared del pasillo, entre el baño y el dormitorio de él, en la que habitualmente dejaba las llaves de la casa, de la camioneta, los cigarrillos, el encendedor y su billetera.

-Che, Dari, ¿y a vos cómo te fue con la mina esta? –inquirió Ariel.

-Bien, tranqui. Como siempre.

-¿Ella sigue enganchada?

-Sí.

-¿Y vos?

-No.

-¡Qué lástima! Porque parece una mina copada.

-Lo es. De hecho, hoy tuvimos una charla íntima bastante interesante.

-Pero...

-Ya te dije: no quiero nada serio por ahora.

-Entiendo.

-¿Y vos que onda? ¿No había alguna mina disponible en la fiesta?

-No –Ariel meneó la cabeza insistentemente-. Son siempre las mismas caras, amigo.

-Cierto, cierto –asintió Darío ya de espaldas a su interlocutor, justo antes de introducirse en su habitación. Quizás esa era la razón por la que el arquitecto últimamente ya no participaba tanto de los eventos sociales de su círculo más cercano y prefería quedarse en su casa. Ariel, en cambio, se comportaba a la inversa ya que no le gustaba sentirse solo. Quizás, esa era la razón por la que prefería en esta etapa de su vida dormir en una cama de una sola plaza y así evitar el vacío de una de dos.